

Mayo 2009 5

BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIASTICA
de MADRID

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL - ARZOBISPO

- Apertura del Año Jubilar Calceatense 000
- Solemnidad San Isidro Labrador 000
- Jornada diocesana misioneros madrileños "Ora y colabora, X tantos misioneros diocesanos" 000
- Día Nacional del Apostolado Seglar y de la Acción Católica. "Qué hermosos los pies de los que anuncian buenas noticias" (Rom 10,15) 000

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 000
- Defunciones 000
- Sagradas Órdenes 000
- Actividades del Sr. Cardenal. Mayo 2009 000

Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARIA

- Nombramientos 000
- Defunciones 000
- Bienvenida al nuevo Obispo Complutense 000
- Crónica de la jornada sacerdotal 000
- Actividades Sr. Obispo. Mayo 2009 000

Diócesis de Getafe

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Defunciones 000
- Información 000
- Delegación de Juventud 000

DELEGACIÓN DE HERMANDADES Y COFRADÍAS

- Decreto. Nombramiento Presidente del Consejo General de Hermandades y Cofradías de la diócesis de Getafe 000

Iglesia Universal

- Mensaje del Papa Benedicto XVI para la XLIII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales 000

Peregrinación del Papa Benedicto XVI a Tierra Santa

- Ceremonia de bienvenida en el aeropuerto internacional Reina Alia (Ammán, 8 de mayo de 2009) 000
- Encuentro con los líderes musulmanes, el Cuerpo diplomático y los rectores de las universidades jordanas en el patio exterior de la mezquita Al Hussein Ben Talal (Ammán, 9 de mayo de 2009) 000
- Homilía durante la Santa Misa en el Estadio Internacional de Ammán (10 de mayo de 2009) 000
- Ceremonia de despedida en el aeropuerto internacional Reina Alia (Ammán, 11 de mayo de 2009) 000
- Ceremonia de bienvenida en el aeropuerto internacional Ben Gurion (Tel Aviv, 11 de mayo de 2009) 000
- Encuentro con las organizaciones para el diálogo interreligioso en el Auditorio del Notre Dame of Jerusalem Center (Jerusalén, 11 de mayo de 2009) 000
- Oración en el Muro Occidental de Jerusalén (12 de mayo de 2009) 000
- Santa Misa en el Valle de Josafat (Jerusalén, 12 de mayo de 2009) 000
- Ceremonia de bienvenida en los Territorios palestinos (Belén, 13 de mayo de 2009) 000
- Santa Misa en la Plaza del Pesebre (Belén, 13 de mayo de 2009) 000
- Ceremonia de despedida de los Territorios palestinos en el patio del Palacio Presidencial (13 de mayo de 2009) 000
- Santa Misa en el Monte del Precipicio (Nazaret, 14 de mayo de 2009) 000
- Encuentro ecuménico en la Sala del Trono de la Sede del Patriarcado grego-ortodoxo de Jerusalén (15 de mayo de 2009) 000
- Visita al Santo Sepulcro de Jerusalén (15 de mayo de 2009) 000
- Ceremonia de despedida en el aeropuerto internacional Ben Gurion (Tel Aviv, 15 de mayo de 2009) 000

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teletel.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXXVII - Núm. 2811 - D. Legal: M-5697-1958

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

HOMILÍA del Emmo. y Rvdmo.
Sr. Cardenal-Arzobispo de Madrid
en la Eucaristía de apertura del Año Jubilar Calceatense

Santo Domingo de la Calzada, 1 de mayo de 2009

(Gén 12,1.4a; Sal 15,1-2a y 5.7-8.11; 1 Pe 4,7b-11;
Mt 5,13-16)

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

1. Con la celebración de esta solemnísimas Eucaristía en la Santa Iglesia Catedral de Santo Domingo de la Calzada se abre la puerta del Año Jubilar Calceatense que quiere conmemorar el 900º Aniversario de su muerte. El Santo Padre acogió benévolamente la petición del Pastor Diocesano de esta Iglesia Particular de Calahorra y de La Calzada-Logroño, concediendo la gracia propia de los Años Santos. De este modo, tan arraigado en la práctica pastoral multisecular de la Iglesia, el Papa se hacía eco del extraordinario valor y significado histórico de la persona y de la obra de Santo Domingo de la Calzada en su tradición y en su vida y, además, reconocía su permanente actualidad apostólica y espiritual no sólo para esta querida Diócesis y tierra de La Rioja, sino también para toda la Iglesia en España y para la Iglesia Universal.

2. En efecto, Santo Domingo de la Calzada emerge en el trasfondo de la historia, que hoy con sentimientos de gratitud para su obra y de devoción para su persona recordamos y evocamos eucarísticamente, como una figura que ilumina evangélicamente el comienzo del segundo milenio del cristianismo en España y en Europa. Santo Domingo de La Calzada es uno de sus personajes espiritual y humanamente más decisivos. Él contribuye como pocos a la verdadera y auténtica configuración del Camino de Santiago como el más señero camino de la peregrinación cristiana. Sí, se peregrinaba ya entonces –los tiempos de las primeras Cruzadas– a Jerusalén. Y muy desde antiguo: prácticamente sin interrupción desde los primeros siglos de la Iglesia naciente. Se había iniciado, incluso, con vigoroso aliento eclesial la peregrinación a los sepulcros de los Príncipes de los Apóstoles, Pedro y Pablo, en Roma. Los “caminos”, sin embargo, de la Ciudad Santa y de la Ciudad Eterna, no habían llegado a conformarse todavía con la precisión geográfica del camino europeo e hispánico de la peregrinación a la Tumba del Apóstol Santiago en “el Finisterrae” del Continente europeo.

3. Este siglo clásico de la peregrinación jacobea, el undécimo de nuestra era, daba sus primeros pasos, por otra parte, en un momento de profunda renovación de la Iglesia, impulsada por los Papas de la Reforma Gregoriana y caracterizada por una clara y decidida dirección en la línea pastoral de la afirmación y búsqueda del ideal de la santidad hacia dentro de la comunidad eclesial y de santificación de las realidades temporales hacia fuera de la misma, proyectándola al mundo. Había que desprenderse resueltamente de las ataduras institucionales que impedían el libre ejercicio de la misión de la Iglesia y de sus Pastores condicionados tanto por la intervención civil en sus nombramientos como por la aceptación jurídica que habían hecho, ellos mismos, de tareas y poderes temporales como elementos integrantes de su oficio episcopal. No eran tolerables ya por más tiempo ni “las investiduras” ni “las Iglesias propias” como fórmulas canónicamente correctas de organización de la Iglesia. Urgía, además, la aplicación del programa de reforma y de auténtica renovación espiritual, en primer lugar, a las comunidades monásticas para que luego llegase con eficacia al conjunto de toda la Iglesia. No se podía aplazar más el tiempo de su aplicación efectiva ni retroceder ante la necesidad de volver a la primacía de la “Laus Dei”, de la alabanza de Dios, como la principal tarea del monje, es decir, como su “opus” por excelencia, su labor primera y primordial. No había duda, por otro lado, de que si la observancia monástica del “Opus Dei” – de “la obra de Dios” – se guardaba celosamente, se multiplicaría la eficacia humana –social y cultural– del Monasterio; se garantizaría

de verdad el “cultus hominis”. El cuidado del hombre y el cultivo de la tierra darían abundantes frutos.

4. La experiencia histórica de la “Reforma gregoriana” se despliega estéticamente con el “Románico”, abierto esplendorosamente en las cúpulas, arcos y torres de sus Iglesia y Catedrales al reconocimiento gozoso de la belleza de la Gloria de Dios. Esta experiencia confirmaba, un vez más, el hecho de que cuando se busca limpia y consecuentemente la Gloria de Dios, se sigue de inmediato la consecución del bien y del amor verdadero al hombre hermano y a su entorno natural, dado por el Creador. Encontrar y sobre todo afianzar esa opción clara y firme por la renovación religiosa de la Iglesia y de la sociedad exigía por la misma naturaleza del hombre pecador, vista y vivida cristianamente, la conversión. O, lo que es lo mismo, se hacía preciso recorrer interior y exteriormente el camino de la penitencia por los pecados cometidos: por las rupturas con la ley y la gracia de Dios. Este camino pastoral no era otro que el iniciado por los grandes evangelizadores de la Hispania Romana y de la Europa que se había ido haciendo cristiana a lo largo del primer Milenio del cristianismo. No es extraño, pues, que coincidiese con el descubrimiento popular y existencial de los Caminos de la peregrinación cristiana. El Camino de Santiago se va a convertir, en esta época, en la gran y preferida vía de los penitentes de toda la Europa cristiana y, muy singularmente, de la España liberada del poder musulmán. Se busca la gracia de “la Gran Perdonanza” que los Papas del Medioevo otorgarán abundantemente. Con la confianza cristiana propia de los hijos de Dios se esperaba alcanzar el perdón misericordioso y la gracia que viene de Cristo Crucificado y Resucitado. Se añoraba y anhelaba la nueva vida y el don del Espíritu Santo que brota de su Divino Corazón y que la Iglesia distribuye sacramental y litúrgicamente como Madre de todos los bautizados. Los peregrinos acuden masivamente al Sacramento de la Reconciliación para lucrar las indulgencias otorgadas por la Iglesia.

5. Domingo de La Calzada entra con luz propia en esa gran historia, la historia de la Iglesia y del mundo de su tiempo, como historia de perdón, de gracia y de misericordia que renueva almas, corazones y cuerpos. Lo hace con ese estilo espiritual, tan suyo, de persona sencilla, paciente y misericordiosa, de profunda vida interior, de oración habitual, vivida como una constante presencia de Dios en su vida; vida fecunda y ubérrima en obras de caridad y de servicio al prójimo, practicadas con heroica e incansable entrega de sí mismo. Nuestro hermano, el Obispo de esta Diócesis –insigne entre las más venerables de la historia de la Iglesia en España–, ha querido resaltar en su Carta Pastoral sobre el Jubileo Calceatense,

con acierto, cómo las más significativas “obras” de Domingo, el Fundador de esta noble ciudad que lleva su nombre, a saber, la calzada, el puente, el hospital y la Iglesia, nacían del Espíritu del Señor Jesucristo, del Espíritu Santo, que inspiraba al Santo, y cómo esas obras reflejaban y transmitían el mensaje cristiano desde el corazón del Evangelio en la concreción de la vida diaria y en la configuración justa y solidaria de “la comunidad de los ciudadanos”. Santo Domingo de La Calzada, un sencillo hombre de campo, operario y constructor, laico de vocación y de vida, promovió con el estilo más genuinamente evangélico de la caridad de Cristo la edificación de “la comunidad de los cristianos”, de tal modo que no podía por menos de influir y repercutir eficazmente en una configuración de “la comunidad de los ciudadanos” noble y auténticamente digna del hombre¹.

6. La figura histórica de nuestro “Santo” no deja lugar a equívoco teológico alguno. La experiencia cristiana en sus elementos esenciales, que trascienden los tiempos y los espacios históricos, cuajó de forma ejemplar en su biografía. Moderado y sobrio “para poder orar”, mantenía “en tensión el amor mutuo”. Ofrecía hospitalidad “sin protestar”. Ponía sus dones “al servicio de las almas” pródigamente, sin cicatería alguna”, administrando bien las gracias que él recibía de Dios. Hablaba de Dios, hablaba sus palabras. Sirvió a sus hermanos como por un encargo recibido de Dios. Lo glorificaba por medio de Jesucristo, “a quien corresponden la gloria y el poder por los siglos de los siglos”. En una palabra, se portaba como Pedro pedía y exhortaba a los cristianos de sus primeras comunidades (cf. 1Pe 4,7b-11). No había vacilado, para ello, en preparar los surcos interiores de su alma cultivando la actitud de receptividad incondicional de la voluntad y la gracia de Dios, al modo como la había vivido Abrahán, Padre de los creyentes, en el momento clave de la historia de la salvación. Santo Domingo de La Calzada lo deja todo, dispuesto como Abrahán a salir de la tierra y de la casa de sus padres o, dicho con otras palabras, se desprende de las cómodas seguridades de este mundo para ir a una tierra de desconocidos horizontes, aceptando voluntariamente el destino que le señala el Señor para su vida. Su historia y vida de hermano nuestro en la comunión de los Santos y antepasado que nos ha precedido en el camino de la fe, que duerme el sueño de la paz y goza y participa de la gloria y triunfo de Jesucristo Resucitado, es historia de la sal de Cristo que ha sazonado la tierra y de la luz de Cristo que ha brillado para el mundo de su tiempo y de todos los tiempos. ¡Sigue viva! Continúa sazonando hoy nuestra tierra e iluminando nuestro

¹ La terminología “la Comunidad de los Cristianos” y “la Comunidad de los Ciudadanos” es típica de Karl Barth.

mundo. A nosotros, sobre todo a los pastores y fieles de esta querida Diócesis de Calahorra y La Calzada-Logroño y de todas las demás Diócesis de España, nos toca procurar con humilde y ferviente compromiso apostólico que esa “sazón” y “luz” evangélicas, tan fructuosamente operantes en la vida santa de Domingo de La Calzada, desarrollen nueva vitalidad y nuevo vigor evangelizador en este tiempo ¡en nuestro tiempo! La Iglesia, a través del Año Jubilar, nos facilita la tarea ¡Lo pide! ¡Lo espera! Y, antes que nadie, lo espera de nosotros el Señor de toda gracia, Jesucristo Nuestro Salvador.

7. El fruto primero—y, quizá, el más a la vista—de este Año Jubilar Calceatense habría de darse y percibirse en la renovación espiritual y religiosa del Camino de Santiago como camino de peregrinación cristiana. Ya los Obispo del Camino de Santiago, junto con el Arzobispo de Santiago de Compostela, publicaban—¡publicábamos!—en el año 1988, en víspera de la grande e inolvidable IV Jornada Mundial de la Juventud con Juan Pablo II de 1989, una Carta Pastoral en que se manifestaba la honda preocupación por los intentos, cada vez más evidentes, de querer reducir la realidad y la experiencia del Camino y de la peregrinación jacobea a valores puramente turísticos y comerciales o, en el mejor de los casos, culturales. Lo que conduciría inevitablemente no sólo a la desnaturalización histórica de su espíritu, sino también a su misma eliminación. Volver “al espíritu” de la peregrinación cristiana, encarnado genialmente en el modelo y en la acción apostólica y caritativa de Santo Domingo de La Calzada, se nos presenta hoy —y ya— como una urgencia perentoria ante la inminencia del Año Santo Jacobeo de 2010 y la proximidad de la celebración de la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid al año siguiente, 2011. No habrá mejor ni más fecundo empeño pastoral para la Iglesia, a la vista de la situación social y cultural que atravesamos, que el de volcarse en la recuperación eclesial del Camino de Santiago como un itinerario excepcionalmente valioso de peregrinación cristiana para los jóvenes de España, de Europa y del mundo: ¡como una “vía regia” para emprenderlo espiritual y pastoralmente como una actualísima oportunidad para acoger la gracia de la conversión!

8. En segundo lugar, un apremio apostólico habría que destacar en el jubileo de Santo Domingo de la Calzada para la vida actual de la Iglesia y de los cristianos y para el ejercicio de su misión en la sociedad y en el mundo de hoy. Su figura nos está invitando con fuerza a situar la experiencia personal de la gracia y del Evangelio de Cristo y los métodos y formas de la Evangelización en el contexto y el orden espiritual y existencial verdaderos: primero, se ha de buscar el Reino de Dios

y su justicia, se ha de cumplir el “opus Dei” –la alabanza y el culto de Dios–, y, luego, como secuencia y consecuencia obligadas, se seguirá necesariamente el “opus hominis”, el servicio y el cuidado del hombre contemplado individual y socialmente, en su interrelación e interacción con la sociedad, la naturaleza y la historia. Lo demás, en el lenguaje evangélico, se nos dará por añadidura. ¡No lo dudemos! sólo la esperanza y el amor, enraizados y edificados en la fe en Jesucristo Resucitado, darán los verdaderos frutos de bien temporal y eterno que el hombre de hoy anhela y necesita angustiosamente. La santidad, vivida y practicada en la Iglesia, constituye el presupuesto imprescindible para que la presencia y misión de sus hijos en medio de las realidades temporales resulten fecundas en la promoción de la justicia y de la solidaridad, en el servicio a los más necesitados y en la consecución de la paz. En estos momentos de tantas incertidumbres personales y sociales –la crisis económica, el desempleo, los nuevos peligros para la salud, las rupturas matrimoniales, las familias desestructuradas, etc.– no se puede demorar más la renovación moral y espiritual de las personas y de las sociedades –española y europea–. Más aún, resulta un imperativo apostólico de máxima urgencia, sobre todo para los católicos de España.

9. Finalmente, no podemos dejar de subrayar el papel, también pronunciadamente evangélico, que jugó Salto Domingo de La Calzada en el encuentro de personas y pueblos de los más distintos lugares de España e, incluso, de Europa. El fino y misericordioso sentido de la hospitalidad cristiana para con los peregrinos del Camino de Santiago le permitió una acogida universal de los que peregrinaban al sepulcro del Apóstol, primer Evangelizador de España, llevándolos a la unidad del amor de Cristo. Los Reinos Cristianos de España crecían en esa unidad desde los primeros siglos del Segundo Milenio. Igualmente, en este tiempo, Europa ¡toda ella! surgía y crecía, espiritualmente unida, como “la Cristiandad” en torno al ministerio del supremo Pastor de la Iglesia, Sucesor de Pedro y Obispo de Roma. El Santo Calceatense destaca también como una de esas figuras insignes del tiempo de “la Reforma Gregoriana”, que iluminan todo el primer siglo del Segundo Milenio de la historia de España y de Europa, por su decidida promoción de la unidad, inspirada en la catolicidad de la Iglesia: unidad espiritual y unidad visible, articulada social y culturalmente sobre el fundamento de la dignidad de toda persona humana desde su concepción hasta su muerte natural y sobre la búsqueda imparcial y generosa del bien común en España y de España, en Europa y de Europa. ¡Eh aquí una de las más grandes, acuciantes, nobles y cristianas tareas a las que nos reta e impulsa el Santo calceatense en la hora presente de la Iglesia y de la sociedad!

10. En la Iglesia Catedral construida por Santo Domingo de La Calzada, dedicada al mayor esplendor del culto cristiano, se colocó en un lugar de honor a la Madre de Dios y Madre nuestra, la Virgen María. Era su devoto, como lo fueron siempre los santos en la Iglesia de todas las épocas. Ella es la Madre de la Misericordia omnipotente, la Madre de la Iglesia, la Estrella de la Nueva Evangelización, ¡“Vida, dulzura y esperanza nuestra”! María es la que nos acompaña siempre en la peregrinación de este mundo como la Madre de la Gracia y la que, con toda certeza, nos acompañará en este itinerario de renovación de toda la vida cristiana que emprendemos hoy con la liturgia eucarística de la apertura del Año Jubilar Calceatense en el IX Centenario de la muerte de Santo Domingo de La Calzada. ¡Que también él nos ayude con su intercesión a recorrerlo y aprovecharlo en nuestras vidas santa y gozosamente. ¡Que el gozo del Aleluya pascual, el que sintió y siente eternamente nuestra Madre del cielo, sea también el nuestro al iniciarlo en esta mañana del primero de mayo, el mes dedicado a Ella!

Amén.

HOMILÍA del Emmo. y Rvdmo.
Sr. Cardenal Arzobispo de Madrid
en la Solemnidad de SAN ISIDRO LABRADOR
Patrono de la Archidiócesis de Madrid

Colegiata de San Isidro

(He 4,32-35; Sal 1,1-2.3.4 y 6; Sant 5,7-8.11.16-17;
Jn 15,1-7)

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

1. Los Santos son siempre actualidad. Sus biografías reflejan modelos de vida, conformados según el Evangelio y a la medida del Corazón de Cristo y, a la vez, cercanos y concretos para el hombre de su tiempo y, en último término, para el hombre de todos los tiempos. Son modelos extraordinariamente humanos, precisamente porque surgen de la imitación de Cristo. Es como si a través de ellos la presencia de Jesucristo Resucitado en el corazón de la Iglesia y en medio del mundo mostrase la extraordinaria e insuperable vitalidad de la Vida Nueva, capaz de renovar y transformar todo desde la existencia de cada persona, por muy pecadora y frustrada que se vea, hasta la misma realidad de la sociedad, de los pueblos y naciones e, incluso, de toda la Creación. Los santos son las grandes figuras de los períodos más profundamente renovadores de su

época y de su entorno social y cultural. Su forma de estar y de actuar en el mundo no sólo no suele ser nada espectacular, sino que frecuentemente pasa desapercibida. Rehuyen los halagos y aplausos. Se refugian en la oración. En la entrega sencilla de sus vidas, diariamente, cifran todos sus propósitos e ideales personales y profesionales.

San Isidro Labrador, nuestro Patrono, el Patrono de Madrid, representa la figura de uno de esos Santos cuya actualidad permanece inmarchita en nuestra historia, la historia de Madrid y la historia de España, siglo tras siglo, época tras época. Su estilo de vivir el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, el Salvador del hombre, la ha iluminado siempre fuesen cuales fuesen las encrucijadas históricas, sobre todo, las más dramáticas por las que han atravesado la Iglesia y el pueblo madrileño desde la fecha más probable de su nacimiento, el 4 de abril del 1082, hasta hoy. Evocándole y siguiéndole se despejaba indefectiblemente el camino de la recuperación personal, familiar y social que en cada momento se necesitaba. También hoy, en este día de la celebración anual de su Fiesta –celebración litúrgica y popular–, Isidro nos muestra la vía inequívoca –¡“la vía regia”!– por donde ha de dirigirse la reflexión sobre la situación del actual momento de Madrid y de España y, consiguientemente, cómo han de orientarse y conducirse los proyectos de renovación de la vida cristiana en la Iglesia y en la sociedad. Tarea para las personas responsables y para las instituciones, que no admite demora.

2. En la biografía de San Isidro Labrador se ha destacado siempre un primer rasgo de extraordinario valor evangélico: su amor a los pobres. En la mesa de la familia de San Isidro Labrador y de Santa María de la Cabeza había todos los días del año un plato dispuesto para el necesitado que llamase a la puerta de su casa. Juan el Diácono, recopilador temprano de los relatos de sus grandes milagros –en el siglo XIII, medio siglo después de la muerte de nuestro Santo–, cuenta cómo en un mediodía en el que se multiplicaron los pobres que pedían comida, agotados los alimentos disponibles en casa, llegó un último e imprevisto pordiosero que suplica ser acogido y tenido en cuenta. La olla de Santa María de la Cabeza, su esposa, estaba vacía. Su esposo no lo sabía. Ella sí; pero no duda en hacerle caso y acudir... La olla se llena milagrosamente. El pobre es atendido; recibe su alimento caliente y abundante.

Sentar al hombre hermano a la mesa diaria de la familia –de la nuestra, de la familia que es la Iglesia, y de la familia que debe ser la humanidad– se nos ha convertido en la actual coyuntura histórica en una urgencia moral y espiritual que

compromete gravemente nuestra conciencia. No se trata de un imperativo ético cualquiera sino de una exigencia moral fundamental de cuyo cumplimiento o no depende el bien integral de la persona humana y el futuro de la sociedad. Incluye, en primer lugar, como condición previa, “sine quanon”, el que se permita, facilite y favorezca el que haya “comensales”. Si se impide que nazcan los niños, la mesa común de la familia humana se irá quedando sin hijos, hasta terminar vacía. ¡Que no se le niegue a ningún hijo concebido de mujer el derecho a nacer! ¡Dejar nacer a los hijos es el primer y fundamental deber del amor al prójimo, del amor al más necesitado! ¡Más aún, es grave obligación de conciencia de todos los implicados –familiares, amigos, instituciones privadas y públicas– que se ayude generosa y eficazmente a las madres que los conciben, no para que sean eliminados, sino para que puedan darles a luz!

Si no se respeta escrupulosamente el derecho de todo ser humano a la vida, desde su concepción hasta su muerte natural, nos quedaremos sin el fundamento ético imprescindible para poder edificar un orden social y jurídico, digno de ser llamado y considerado, humano, justo y solidario.

3. La secuencia necesaria de ese gesto y actitud, la del respeto incondicional del derecho a la vida, imprescindible y básica para poder hablar verdaderamente de amor al prójimo, es la de sentar fraternalmente a todo hombre necesitado de sustento, de casa, de atención sanitaria, de educación, de cultura y de trabajo a la mesa común: en cada ciudad, en cada país... en Madrid, en España, en Europa y en cualquier lugar del mundo. Sí, amar al prójimo exige hacerlos partícipes del bien común de la sociedad y de la comunidad política dentro y fuera de la propia tierra.

Ciertamente esa imagen de la primera comunidad cristiana, convocada, reunida y guiada por los Apóstoles en el Jerusalén postpascual, donde “todos pensaban y sentían lo mismo, lo poseían todo en común y nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía” (He 4, 32), puede parecer de un idealismo imposible, irrealizable e, incluso, inimitable. Sucedería así si pensamos y juzgamos el problema según los criterios del mundo, en el sentido evangélico de la expresión, no según los criterios de Dios. Aquella primera realización de la Iglesia, recién nacida, obedecía a los criterios de Jesucristo Resucitado, Salvador del hombre. En la vida de nuestro Santo, Isidro, el labrador, se verificó entonces, en su tiempo, y se verifica ahora en el nuestro, aquí, en Madrid y en España, la verdad inmarcesible de la Iglesia primitiva de Jerusalén.

4. Un segundo rasgo brilla en la personalidad de San Isidro Labrador, igualmente de extraordinaria actualidad y precisamente para el Madrid del año 2009. Isidro era un hombre de oración: ¡un hombre de Dios! Su jornada comenzaba con la visita a las Iglesias de aquel Madrid que acababa de ser recuperado y re-emprendía su historia cristiana. La piedad de nuestro Santo llamaba la atención de sus convecinos. Lo admiraban la mayoría. A algunos les resquemaba la envidia. No se le ahorró a nuestro Santo el sufrimiento provocado por la mezquindad de compañeros envidiosos. En el trasfondo histórico de la tradición popular del milagro de las dos yuntas de bueyes, que aran junto a las de San Isidro, invisiblemente para él y, en cambio, muy claramente para la vista del asombrado amo de las tierras que discretamente le observaba, se esconde la envidia sórdida de unos compañeros que no pueden soportar a su lado, en el trabajo compartido, la virtud de un hombre bueno, paciente y servidor de todos. Les falta tiempo para acusarle ante el dueño y patrono, Iván Vargas. Así lo cuenta Juan el Diácono: “Venerable Señor, nosotros, como conocidos y súbditos vuestros, no podemos callar lo que vemos y sabemos que va en perjuicio vuestro. Tened por cierto que aquel Isidro, a quien elegisteis para cultivar vuestros campos pagándole un sueldo anual, se levanta al amanecer, recorre todas las Iglesia de Madrid a título de hacer oración, y en consecuencia, viene tarde al trabajo y no hace ni la mitad de lo que está obligado a hacer. Os decimos esto no por envidia o mala voluntad sino por teneros al tanto de lo que conviene y es provechoso para vuestra casa”. San Isidro no se siente ofendido, responde con más y mayor caridad. Prosigue en paz y en concordia bondadosa la tarea diaria, que concluye indefectiblemente con la visita a la Señora, la Madre de Dios, en su templo de La Almudena, cuando al final de la larga y laboriosa jornada sube la Cuesta de la Vega hacia su casa.

5. El tipo de cristiano de la primera hora de la historia de la Iglesia, dibujado en la Carta de Santiago, cuando arrecia la persecución y se inicia el proceso de la evangelización de la sociedad pagana, encontró un nítido eco un milenio más tarde en la figura del sencillo labrador del Manzanares, en el “Magerit” —el Madrid— recién reconquistado. El cristiano, desde el principio de esa historia, iniciada en Pentecostés, y siempre, es paciente y constante en la prosecución del bien, en el cumplimiento de la ley de Dios y de las exigencias de la auténtica justicia. Su caridad va y llega, si es preciso, hasta el heroísmo. Cuida y practica la oración, pase lo que pase, cueste lo que cueste. “Tened paciencia también vosotros —les decía Santiago a sus cristianos—, manteneos firmes, porque la venida del Señor está cerca... Así pues confesaos los pecados unos a otros, y rezad unos por otros, para que os curéis. Mucho puede hacer la oración intensa del justo” (Sant 5,8.16). Ese

permanecer en la oración, más concretamente, en la oración eucarística, es la clave certera para descubrir el secreto interior de la vida de San Isidro: vida entregada al amor incondicional de la familia, de los vecinos, de los pobres... de cualquier hombre hermano. ¡Amor sin medida humana! Amor que viene de permanecer en el amor de Cristo, ofrecido en la Cruz por nosotros y por nuestra salvación. “Permaneced en mi amor”, dice el Señor, “el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante” (Jn 15,9b.5b). El permanecer en Él, con esa íntima dependencia vital como la que se da entre la vid y los sarmientos, explica lo más hermoso de la biografía de nuestro Santo: el fruto abundante de su vida para su tiempo y su fecundidad espiritual y humana para el nuestro: ¡siempre! (cf. Jn 15, 1-7).

Ante la imagen de este humilde labrador, hombre de Dios y fiel seguidor de Cristo, se alza para nosotros, los madrileños de comienzos del Tercer Milenio, que hoy, en el día de su fiesta, le recordamos e invocamos con sincera devoción, una pregunta: ¿de dónde nos va a venir la luz interior para nuestra inteligencia y nuestro corazón, que nos permita descubrir el origen y la naturaleza de nuestras crisis actuales y de dónde vamos a extraer la fuerza humana y espiritual para un vigoroso y decidido impulso personal y colectivo para superarlas? ¿Creemos de verdad que se pueden resolver las situaciones críticas, que tanto nos angustian, al margen de la ley y de la gracia de Dios, dando la espalda al Evangelio de Jesucristo, en quien han creído firmemente San Isidro Labrador y nuestros padres, generación tras generación?

6. En San Isidro aparece destacada, por último, la mejor tradición madrileña de “la hombría de bien”. Fue quizá su más genial iniciador y fundador. Isidro, el pocero, primero, y, luego, el labrador, era un buen convecino, responsable, dispuesto a ayudar a todos en aquella difícil, pero ilusionada y esperanzada coyuntura de su siglo, el XIIº de nuestra era, cuando se daba forma urbana y cultural a Madrid. Era la hora del gran proyecto de la cristiandad que unía e inspiraba a la España reconquistada junto a la nueva y reformada Europa, naciendo y desplegándose intelectual, cultural y jurídicamente a través del Camino de Santiago, bajo el poderoso impulso espiritual y eclesial de la Reforma Gregoriana, que había proporcionado los sólidos fundamentos, eclesiales y espirituales, para el Segundo Milenio Cristiano. Los sencillos y los limpios de corazón, como San Isidro Labrador, fueron entonces —como lo son hoy también— los callados, pero decisivos protagonistas de la gran historia y los sembradores de sus mejores frutos.

El significado actual de nuestro Patrono pasa ciertamente por aquí: por el camino que él nos señala para poder transitar y peregrinar en el corazón de nuestro querido Madrid, de España, nuestra patria, y de la Europa, en búsqueda de una renovada unidad, como hombres de bien, veraces, honrados y generosos, que encuentran en el Corazón de Cristo el agua fresca del amor auténtico, inequívoco, sacrificado, dispuesto a darse y a dar la vida por los hermanos, como Él en su Cruz...

7. ¡Ese debe ser nuestro Camino cuando tantas familias y tantos conciudadanos nuestros sufren las consecuencias de las crisis matrimoniales y familiares y nos amenazan la escasez de bienes imprescindibles y, sobre todo, el desempleo! Se necesitan los esfuerzos de todos y son necesarios todos los esfuerzos para salir de la crisis. Los esfuerzos técnicos y humanos –financieros, económicos, políticos y jurídicos– son imprescindibles para aliviar dolores y angustias de tantos hermanos nuestros y hacer que renazca de nuevo la esperanza; pero no deberíamos olvidar –so pena de nuevas frustraciones históricas– los esfuerzos morales y espirituales, es decir, la necesidad de la conversión interior de las conciencias, la vuelta a Dios y a Aquél que nos ha enviado, Jesucristo, nuestro Señor y Salvador.

San Isidro no sólo nos marca e ilumina el camino con el ejemplo de una vida admirable, sino que nos acompaña también con su cercanía intercesora para que podamos recorrerlo confiada y esperanzadamente, perseverantes y fuertes en el Señor que nos salva, seguros de una cercanía espiritual más honda y consoladora todavía, la de la Virgen Santísima de La Almudena, Señora y Madre nuestra, a la que nuestro Patrono, insigne madrileño e hijo suyo, tan fervorosamente rezó y veneró.

¡Que Ella sea la que haga de nuestra Fiesta del San Isidro de 2009 una invitación y un vigoroso estímulo para la esperanza!

Amén.

Carta Pastoral del Cardenal-Arzobispo de Madrid
para la Jornada Diocesana de los Misioneros Madrileños

Domingo 24 de mayo de 2009

«Ora y colabora, X tantos misioneros diocesanos»

Me es muy grato este año, en el que la archidiócesis de Madrid tiene como objetivo pastoral prioritario la atención y la ayuda a la familia, escribiros esta Carta, precisamente porque el motivo es la celebración de la Jornada dedicada a quienes, extendidos por todo el mundo, entregan su vida a comunicar lo que es el corazón mismo de la realidad familiar: el Amor que hace brotar y crecer la Vida. Son nuestros misioneros diocesanos, y su tarea, en efecto, consiste en transmitir el Amor, con mayúsculas, es decir, al mismo Jesucristo, Nuestro Señor, y así crece y se multiplica la familia de los hijos de Dios, que es la Iglesia, en esa hermosa unidad que tiene su fuente inagotable en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Como ya es tradición, en la solemnidad de la Ascensión del Señor, el próximo domingo 24 de mayo, celebramos el Día de los Misioneros Madrileños, que en este año nos hace sentir de modo especial la belleza, el bien y la verdad de la familia, que es imagen de Dios Uno y Trino, y por eso está llamada a vivir el gozo incomparable de la unidad, comenzando por los esposos y los hijos, que se abrazan

de tal modo que esa divina ternura tiende sus brazos hasta alcanzar a todos los hombres. Éste es el misterio de la Iglesia, familia de Dios, y el misterio de la familia cristiana, verdadera «Iglesia doméstica», cuyo crecimiento va a la par del de la Iglesia universal. Del seno de las familias cristianas, en primerísimo lugar, es de donde surgen las vocaciones sacerdotales y religiosas, y las misioneras, y esta riqueza de la Iglesia entera enriquece a las propias familias. Hay, pues, motivos sobrados para que, en esta Jornada, la familia diocesana de Madrid demos, con todo el corazón, gracias al Señor por este don precioso de nuestros misioneros, y a ellos les hagamos llegar el calor y la gratitud de todos los que formamos la Iglesia de Dios en Madrid. En la carta que les he dirigido les transmito nuestro afecto, nuestra compañía y nuestra oración por ellos. Son miembros de nuestra familia diocesana y, a pesar de la distancia de los kilómetros y de las diferentes culturas entre las que viven, están sin duda muy cerca de nuestro corazón.

También quiero haceros partícipes de la solicitud con la que debemos acercarnos a los padres, hermanos y familiares de nuestros misioneros, que los tienen lejos, y sufren a veces en silencio su ausencia y sus dificultades. A ellos también, en esta Jornada, me dirijo con todo cariño y gratitud, expresándoles, en mi nombre y en el de toda la comunidad diocesana, la cercanía y el reconocimiento por la renuncia y el sacrificio que supone la entrega de sus hijos y hermanos a las tierras de misión. El Señor se lo pagará como sólo Él sabe hacerlo.

El lema para la Jornada de este año 2009, «Ora y colabora, X tantos misioneros diocesanos», precisamente en estas fechas de la Declaración de la Renta y la importancia de poner la X en la casilla de la Iglesia católica, responde también al objetivo pastoral centrado en la familia, en la que todos los miembros están unidos y preocupados los unos por los otros, comenzando por la oración, que reconoce al Señor como origen, sustento y meta de toda familia y de la Iglesia entera, y siguiendo por la colaboración, en todos los campos y para todas las necesidades, aportando cada uno lo que está en su mano: tiempo, cualidades..., también dinero. Nuestros misioneros ya nos están dando el testimonio de su entrega total. No puede ser menor la nuestra, sobre todo en esta Jornada misionera.

Y nuestros misioneros, en efecto, son itántos! La Iglesia diocesana de Madrid, ciertamente, tiene la alegría de aportar muchos sacerdotes, religiosos y, sobre todo, religiosas, y muchos seglares, a la misión «ad gentes». Vivían en el seno de unas familias donde aprendieron a amar a Jesús, y en Él a todos los hombres, y fueron madurando también en el encuentro con sacerdotes y religiosos que les ayu-

daron a crecer como cristianos, hasta descubrir la belleza de la llamada de Dios a la Misión, una llamada que no cesa de dirigirla a los niños y a los jóvenes, y que para responder a ella con gozosa generosidad hemos de ayudarles toda la familia diocesana. Es importante que esos niños y jóvenes, en sus familias, parroquias y colegios, descubran la Misión, el gozo inmenso de anunciar a todos la Vida plena que han encontrado en Jesucristo, de modo que sigan aumentando nuestros misioneros, que enriquecen a toda la Iglesia, comenzando por nuestra propia familia diocesana. El querido Papa Siervo de Dios Juan Pablo II, en su encíclica «Redemptoris missio», nos lo dijo bien claro: «La fe se fortalece dándola»

Que el Señor nos ayude a todos a vivir plenamente el lema de nuestra Jornada misionera, a perseverar en la oración, convencidos, como ha subrayado el Papa en su reciente Visita a Tierra Santa, de que es «una verdadera fuerza», para que unidos profundamente con el Señor lo estemos igualmente entre nosotros: es sin duda la ayuda más poderosa que podemos ofrecer a nuestros misioneros; y unidas a la oración, todas las demás colaboraciones, sabiendo que lo entregado a ellos, que lo necesitan más, redundará en bienes mejores para nosotros mismos.

Termino poniendo en manos de la Reina de las Misiones esta Jornada que celebramos en la solemnidad de la Ascensión del Señor, justamente cuando encomendó a los discípulos la Misión de «ir al mundo entero y proclamar el Evangelio». Que Santa María, la Virgen de la Almudena, guíe a nuestra familia diocesana por el camino de una vida cristiana y una entrega misionera crecientes.

Con mi afecto y bendición para todos,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

«Qué hermosos los pies de los que anuncian
buenas noticias» (Rom 10,15)

Carta Pastoral del Emmo. y Rvdmo. Sr.
D. Antonio M^a Rouco Varela,
Cardenal Arzobispo de Madrid
en el Día Nacional del Apostolado Seglar
y de la Acción Católica.

Pentecostés, 31 de Mayo de 2009

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Al celebrar un año más la solemnidad de Pentecostés y la Jornada del Apostolado Seglar y de la Acción Católica, me dirijo a todos vosotros para alentaros en la ineludible tarea de proclamar el evangelio a todos los hombres, de modo que, como en Pentecostés, las maravillas de Dios sean anunciadas en todas las lenguas y todas las naciones reconozcan el Señorío de Cristo Resucitado. No nos cabe duda alguna de que el evangelio es la verdadera buena noticia que el hombre de hoy, como el de todos los tiempos, necesita escuchar. Pero también sabemos que el hombre no siempre tiene los oídos abiertos para escuchar la Buena Noticia. Por ello es preciso decisión y entrega a la misión evangelizadora.

En los inicios del cristianismo S. Pablo no se encontró con menos dificultades que nosotros para anunciar el evangelio y, sin embargo, tanto con su palabra como con su vida, se entrega al evangelio y a su predicación con la conciencia clara de que de ello depende la vida y la salvación de los hombres. Detrás del «ay de mí si no evangelizara» se esconde, en realidad, el *ay de los hombres si no reciben la Buena Nueva de la salvación*. El encuentro con Jesucristo resucitado ha transformado la vida de Saulo, el fariseo, en Apóstol de Aquel a quien perseguía, de modo que el anhelo de su corazón y toda su oración a Dios se resume en que todos conozcan al Mesías para que se salven (cf. Rom 10, 1). La preocupación por la salvación de todos y cada uno de los hombres es un imperativo del amor del Padre, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1Tm 2, 4). Esta salvación consiste en el conocimiento y la aceptación de la alianza de amor que Dios Padre ha establecido con el mundo en su Hijo Jesucristo.

Pero, ¿cómo creerán si nadie les anuncia?, se preguntaba el Apóstol (Cf. Rm 10, 14). Es necesario repetir hoy las palabras del Siervo de Dios Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Christifideles Laici*, al poco de haberse cumplido el XX aniversario de su publicación: «En verdad, el imperativo de Jesús: “Id y predicad el Evangelio” mantiene siempre vivo su valor, y está cargado de una urgencia que no puede decaer. Sin embargo, *la actual situación*, no sólo del mundo, sino también de tantas partes de la Iglesia, *exige absolutamente que la palabra de Cristo reciba una obediencia más rápida y generosa*. Cada discípulo es llamado en primera persona; ningún discípulo puede escamotear su propia respuesta: “¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!” (1 Co 9, 16)» (ChL 33).

La predicación del evangelio no consiste en la simple defensa de unos valores o ideas que se proponen frente a otros distintos, sino en la propuesta de una Vida Nueva que tiene su origen en el Espíritu Santo derramado sobre nosotros gracias al misterio Pascual de Cristo. El evangelio nos propone la Vida nueva que brota del corazón abierto de Cristo en la cruz. Esta es una vida de infinita belleza, pues brota de la misma comunión divina. Si damos testimonio del Amor Divino que habita en nosotros, un amor que tiene su origen en el mismo Dios, ofreceremos al mundo la buena noticia que permitirá afrontar con esperanza la crisis económica, social y moral del tiempo en que vivimos. Para esto «urge en todas partes rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana. Pero la condición es que se rehaga la cristiana trabazón de las mismas comunidades eclesiales» (ChL 34). En este sentido, quiero bendecir y alentar todos los esfuerzos que se hacen en el campo del asociacionismo católico. Es misión importante del apostolado seglar y de la Acción

Católica colaborar precisamente en esto, trabajando al servicio de la revitalización de todas las comunidades eclesiales, para un mayor vigor de la nueva evangelización. Si hay comunidades vivas, que se toman en serio la evangelización de la sociedad, no faltarán nunca seglares que se conviertan en testigos convincentes del Señor resucitado.

A este respecto debemos estar muy agradecidos por la celebración en Madrid de la próxima Jornada Mundial de la Juventud en el año 2011, que hemos comenzado a preparar con la acogida, primero en Roma y después en Madrid, de la Cruz de los jóvenes acompañada del Icono de la Virgen María. Su peregrinación el próximo curso por toda la archidiócesis y por las diócesis españolas ha de servir para anunciar el contenido fundamental del evangelio: en la Cruz el hombre es amado por Dios hasta el extremo.

Ante esta misión, en nuestro corazón como en el de S. Pablo, resuenan las palabras del profeta Isaías que anunciaban la liberación de Jerusalén y la llegada del Reino de Dios: « ¡Qué hermosos son los pies del mensajero del evangelio! » (Is 52, 7). Ciertamente es hermosa la misión del ser mensajeros del Amor, pues sólo una vida llena del Amor de Dios puede comunicar con verdad esta Buena Nueva que encierra en sí misma la capacidad de salvar al hombre de todos los tiempos.

Pido a la Santísima Virgen María, Nuestra Señora de La Almudena, Madre del Amor Hermoso, que bendiga todos los trabajos apostólicos de las asociaciones de apostolado Seglar y de la Acción Católica y os animo a todos a ser mensajeros de la Buena Noticia de la salvación.

Con mi afecto y bendición.

† Antonio María Rouco Varela
Cardenal Arzobispo de Madrid

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

Arciprestes (nombrados en los Consejos Episcopales de 23-04-2009 y 5-5-2009):

Vicaría I:

- San Agustín: D. Antonio Arroyo Torres.
- Sagrado Corazón: D. Ángel León López.
- San Juan Bautista: D. Pascual León Lambea.
- San Miguel de Chamartín: D. Alfonso Lozano Lozano.
- San Matías: D. Ángel Jiménez Sanz.
- Santa María del Pinar: D. Manuel Polo Casado.
- San Pedro Apóstol de Barajas: D. Manuel Enrique Barrios Prieto.
- Alcobendas: D. Ángel Luis Miralles Sendín.
- El Molar: D. Luis Heredia Martínez.
- Lozoya-Buitrago: D. Francisco Ruiz Redondo.

Vicaría II:

- Concepción de Nuestra Señora: D. José Aurelio Martín Jiménez.
- Nuestra Señora del Pilar: D. Pablo Suárez Domínguez.
- Nuestra Señora de Covadonga: D. Lino Hernando Hernando.
- San Juan Evangelista: D. Manuel García Iruela.

- Espíritu Santo: P. Mauricio Zarazúa Sandoval, S. de J.
- Santísima Trinidad: D. Pedro Manzano Rodríguez.
- Nuestra Señora de la Concepción de Pueblo Nuevo: D. Ángel Tardón Herranz.
- Encarnación del Señor: D. José Ramón Fernández Aranda.
- San Blas: D. Jesús Manuel Duarte González.
- Nuestra Señora de la Blanca: D. Alexander Bran Franco.

Vicaría III:

- San Pedro el Real y la Virgen de la Paloma: D. Eduardo Herreros Díaz.
- San Ginés: D. José Antonio Lerín Salceda.
- San Jerónimo el Real: D. Julián Melero Guaza.
- San Estanislao de Kotska: D. José Juan Fresnillo Ahijón.
- Nuestra Señora de Moratalaz: D. José Adolfo Herrera Barrigón.
- Nuestra Señora de la Merced: P. Ángel Camino Lamelas, O.S.A.
- Santa María la Antigua: D. Jesús Chavaría Ibáñez.

Vicaría V:

- Embajadores-Santa María de la cabeza: D. José González Caballero.
- Delicias-Legazpi: D. Juan Francisco Garvía Díaz.
- Usera-Almendrales: D. Pedro Ramos Hernández.
- Orcasitas-San Fermín: D. Francisco Martín Murillo.
- Villaverde Bajo-San Cristóbal: D. Pedro Manuel Arcas Valero.
- Villaverde Alto-Ciudad de los Ángeles: D. Jesús Yébenes García.

Vicaría IV:

- Nuestra Señora de la Paz: D. Federico de Carlos Otto.
- Nuestra Señora de la Peña: D. Mario Palacio Gayoso.
- San Ramón: P. Jesús Melchor Soto, C.M.F.
- Nuestra Señora de los Álamos: D. José Luis Añón Granizo.
- San Diego: D. Juan Carlos Merino Corral.
- San Carlos Borromeo: D. César Montero Urien.
- San Pablo: D. Gabriel Gómez Bernabé.
- San Pedro Advíncula: P. Adolfo Urbina Rioja, S.C.J.

Vicaría VI:

- Santa Cristina y San Leopoldo: D. Agapito Domínguez Domínguez.
- San Miguel Arcángel: D. José Andrés Silva Martín.
- San Roque: D. Pedro Santiago Álvarez Porras.
- San Vicente de Paúl: P. Santiago Barquín Tobar, C.M.
- Nuestra Señora del Pilar: D. José Cobo Cano.
- San Pedro y San Sebastián: P. Julio Nieto San José, S.M.
- Santísimo Cristo del Amor: D. Julio Palomar Hernando.

Vicaría VII:

- San Antonio de la Florida: P. Antonio Beneitez Domínguez, O. de C.
- Santa Bárbara: D. Miguel Ángel Turmo Sanz.
- Nuestra Señora de los Dolores: D. Pedro Luis López García.
- Nuestra Señora de los Ángeles: D. José Luis Bravo Sánchez.
- Santa Teresa y Santa Isabel: D. Fernando Fernández Martínez.
- Aravaca: D. Jesús Higuera Esteban.
- San Miguel de las Rozas: D. José Fernando López de Haro.
- Villalba: D. Félix Gascuña Obispo.
- San Lorenzo de El Escorial: D. Juan Delgado Álvarez.
- Cercedilla: D. Jesús Mariano Cuenllas Rey.

Vicaría VIII:

- Santa María Micaela: P. Gonzalo Ruiz Mariezkurrena, O.M.
- San Federico: P. Julio Díez Andrés, S.D.B.
- Nuestra Señora de las Victorias: D. Mariano Vélez Caballero.
- Barrio del Pilar: P. Miguel Gómez Martín, O.S.A.
- San Rafael de Peñagrande: P. Miguel Díaz Sada, SS.CC.
- San Miguel de Fuencarral: D. José Trujillo García.
- Colmenar Viejo: D. José Luis Díaz Lorenzo.

*** Otros nombramientos:**

- Adscrito a San Sebastián, de Cercedilla: D. Javier Enrique de la Rosa Ducato.

- Coordinador de Capellanes del Hospital Clínico de Madrid: P. Juan Ángel Sánchez Palacio.
- Párroco de Virgen de Lluc: P. José Ramón Echeverría Echecón, M.SS.C.
- Vicario Parroquial de Ntra. Sra. de Guadalupe: P. Baltazar Antonio Góngora Carrillo, M.Sp.S.
- Consiliario del Movimiento Familiar Cristiano: P. Gonzalo Ferrero Blanco, O.F.M.
- Consiliario del Movimiento Cultural Cristiano: D. Jaime Gutiérrez Villanueva
- Consiliario de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María: P. Francisco Javier Badillo Martín, O.S.M.

Otros

Adscrito a San Sebastián de Cercedilla: D. Javier Enrique de la Rosa Ducado (23-4-2009).

Coordinador de Capellanes del Hospital Clínico de Madrid: P. Juan Ángel Sánchez Palacio (23-4-2009).

Párroco de Virgen de Lluc: P. José Ramón Echeverría Echecón, M.SS.C. (5-5-2009).

Vicario Parroquial de Nuestra Señora de Guadalupe: P. Baltasar Antonio Góngora Carillo, M.Sp.S. (5-5-2009).

Consiliario del Movimiento Familiar Cristiano: P. Gonzalo Ferrero Blanco, O.F.M (5-5-2009).

SAGRADAS ÓRDENES

El día 2 de mayo de 2009, en la Parroquia de San Vicente de Paul de Madrid, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. César Augusto Franco Martínez, Obispo titular de Ursona y Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio M^a Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid, confirió el Sagrado Orden del PRESBITERADO al P. LUIS MIGUEL ROJO SEPTIEN, C.M., religioso de la Congregación de la Misión de San Vicente de Paul.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL. MAYO 2009

Día 1: Inauguración del Año Jubilar Calceatense, en Santo Domingo de la Calzada, con motivo del 900 aniversario de la muerte de Santo Domingo de la Calzada.

Día 2: Confirmaciones en la Parroquia del Buen Pastor

Día 3: Misa de clausura del Encuentro Nacional de Infancia Misionera. En el Pabellón Madrid Arena de la Casa de Campo.

Misa en la Catedral en la Jornada de Oración por las Vocaciones

Día 5: Consejo Episcopal

Disertación en la Academia de Ciencias Morales y Políticas

Día 6: Inauguración/bendición de la Capilla del Colegio de Las Tablas

Confirmaciones en el Colegio Retamar

Día 7: Comida con sacerdotes jubilados, en el Seminario.

Confirmaciones en el Colegio 'El Prado'

Día 8: celebración de San Juan de Ávila en el Seminario.

Día 9: Clausura de la Visita Pastoral al arciprestazgo de Aravaca-Pozuelo

Día 10: Misa en el Centenario de la Asociación de la Medalla Milagrosa. En la Basílica de La Milagrosa.

Confirmaciones en la parroquia de Santa María Micaela

Día 11: Acto con las Religiosas de la Concepción Jerónima, en el Vº centenario de la fundación del Monasterio

Día 12: Consejo Episcopal

Visita Pastoral a la parroquia de Santa Genoveva Torres Morales

Día 14: Comité Ejecutivo CEE.

Día 15: Misa en la parroquia del Buen Consejo en la festividad de San Isidro Labrador.

Bendición en la Pradera

Procesión con el Santo

Día 16: Clausura de la Visita Pastoral al arciprestazgo de Las Rozas

Día 17: Misa en la Catedral en la Pascua del Enfermo

Misa en la Catedral con el movimiento Vida Ascendente

Días 18-22: Consejo Episcopal

Día 23: Misa homenaje de los gallegos al Cardenal por sus bodas de oro sacerdotales

Paso a la militancia de adultos de Acción Católica

Día 24: Misa en la Catedral en la Ascensión del Señor

Día 25: Misa con la Asociación de Visitadoras de Sacerdotes

Día 26: Consejo Episcopal

Consejo de Cáritas

Día 27: Comida homenaje del Cabildo Catedral al Cardenal en sus bodas de oro sacerdotales

Confirmaciones en el Colegio 'Parque', de Galapagar

Día 28: Reunión de la Permanente del Consejo Presbiteral

Misa en el centenario de la casa de las Celadoras del Culto Eucarístico en la c/ Blanca de Navarra

Día 29: Provincia Eclesiástica

Misa con voluntarios de Cáritas, en la Catedral.

Día 30: Consejo Pastoral

Vigilia de Pentecostés en la Catedral

Día 31: Misa en la Catedral en la solemnidad de Pentecostés



Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

Rvdo. Sr. D. Jesús de la CRUZ TOLEDANO, Vicario Episcopal para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica y para el Patrimonio, 27/04/2009.

Rvdo. Sr. D. Rvdo. Sr. D. Gabriel GARCÍA-ALFAGEME ZARZURANGA, Secretario Particular Sr. Obispo Diocesano, 08/05/2009.

Sr. D. José María GEA ROSAT, Adjunto a la Secretaría Particular del Obispo Diocesano y a los Servicios Administrativos del Obispado. 08/05/2009.

DEFUNCIONES

El día 15 de abril de 2009 falleció D. Eduardo ALZOLA SALA, padre del Rvdo. D. César Alzola García, sacerdote diocesano, Párroco de la Parroquia de San Isidro de Alcalá de Henares y Director de Secretariado del Pastoral Familiar.

SALUDO DE BIENVENIDA DEL ILMO. Y RVDMO. SR.
D. FLORENTINO RUEDA RECUERO,
ADMINISTRADOR DIOCESANO AL EXCMO.
RVDMO. D. JUAN ANTONIO REIG PLA,
OBISPO DE ALCALÁ DE HENARES,
EL DÍA DE LA TOMA DE POSESIÓN 25/04/2003

¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!

En estos momentos de gozo y esperanza para la diócesis de Alcalá de Henares, se hacen realidad las palabras del Salmista: *¡El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres!*

Toda la diócesis complutense da gracias a Dios por el inmenso don que nos hace, enviándonos un nuevo Pastor para apacentar esta porción del Pueblo de Dios, bajo la acción del Espíritu Santo, la protección maternal de la Virgen del Val y la intercesión de los Santos Niños, Justo y Pastor, patronos de la diócesis complutense.

La presencia, entre nosotros, del Sr. Nuncio de Su Santidad, en España, Monseñor Manuel Monteiro de Castro, es una ocasión privilegiada para que exprese y transmita al Santo Padre, Benedicto XVI, nuestra adhesión y comunión y

nuestro agradecimiento a la Sede de Pedro, por el nombramiento del Excmo. y Rvdmo. D. Juan Antonio Reig Pla, como Obispo de Alcalá de Henares, a quien ahora me dirijo.

Sr. Obispo de Alcalá: el día 7 de marzo de 2009, Año Jubilar Paulino, en la festividad de las Santas Perpetua y Felicidad, mártires, se hacía público su nombramiento por el Santo Padre, Benedicto XVI, como Obispo de esta querida diócesis Complutense. Llega a una diócesis viva y joven que le recibe y acoge con gran alegría y esperanza y cargada de ilusión para seguir anunciando, en comunión con su Padre y Pastor, el Evangelio a todos los hombres de buena voluntad, como un día, también, lo hicieran, entre los años 1991 y finales de 2008, sus dos antecesores, los Excmos. Y Rvdmos. Don Manuel Ureña Pastor y Don Jesús Catalá Ibáñez.

Para los dos Obispos antes mencionados, la diócesis de Alcalá quiere tener un recuerdo y un reconocimiento muy especiales por su entrega generosa y por el trabajo pastoral realizado en esta porción del Pueblo de Dios

La Iglesia particular de Alcalá de Henares, que el Santo Padre le ha encomendado pastorear, tiene tras de sí una larga y fecunda historia, cuyos orígenes se remontan al s. V, cuando Asturio, Obispo de Toledo, encuentra en el “Campo Laudable” las reliquias de los Santos Niños Justo y Pastor, martirizados un siglo antes. Por tan fausto acontecimiento ordenó edificar, en el mismo lugar que ahora es nuestra Catedral una Iglesia en su honor y estableció su sede Episcopal, en la ciudad de *Complutum*.

Fue el 4 de mayo de 1099 cuando, por Bula del Papa Urbano II, la diócesis de *Complutum* fue agregada a la Sede Primada de Toledo.

El actual templo, dedicado a los Santos Niños, Justo y Pastor, fue construido en 1136 por el Arzobispo Raimundo y elevado a rango de Colegiata por Bula del Papa Sixto IV, a instancias del Arzobispo Alonso Carrillo de Acuña, el 21 de Agosto de 1479, a quien se debe la creación del Convento Franciscano de Santa María de Jesús, convento del que fue portero San Diego de Alcalá, protector de las clarisas que llevan su nombre. Reedificada dicha colegiata por el Cardenal Cisneros, el Papa León X le concedió el título de Magistral el 10 de marzo de 1519, por ser sede de los “Magistri” del Colegio Mayor de San Ildefonso, conocido, más tarde, como Universidad Complutense.

Con la bula del Papa Juan Pablo II “*In hac beati Petri Cathedra*” del 23 de julio de 1991 se reinstaura la antigua diócesis de *Complutum*, con sede en la Iglesia Magistral de esta Ciudad siendo elevada, desde ese momento, al rango de Catedral.

La actual diócesis, desmembrada de la Archidiócesis de Madrid-Alcalá, tiene una extensión de 2.586 km², y está formada por 52 municipios, con una población aproximada de 900.000 habitantes, comprendiendo, geográficamente, el Este de la Comunidad Autónoma de Madrid.

La recorren el río Jarama, por su lado oeste y el río Tajuña por la zona sureste y bañando el río Tajo algunos municipios, entre los que se encuentra el de Fuentidueña de Tajo, primer pueblo de la diócesis, visitado hoy mismo por usted, y en el que ha hecho la profesión de fe.

Los sacerdotes, los religiosos y religiosas, las monjas de vida contemplativa, que con su oración, entrega y generosidad son el corazón de la vida eclesial de la Iglesia, y los laicos le dan la bienvenida y le ofrecen su generosa colaboración y sincera obediencia.

Hoy, en su toma de posesión, la felicitación de toda la diócesis Complutense se torna en oración de alabanza y de acción de gracias al Señor por su nombramiento, como tercer Obispo de esta Iglesia particular, que le recibe y acoge con alegría y esperanza.

¡Muy querido Sr. Obispo, Don Juan Antonio, sea bienvenido!

CRÓNICA DE LA JORNADA SACERDOTAL

El día diecinueve, en la Casa de Espiritualidad de “Ekumene”, en Alcalá de Henares, tuvo lugar la Jornada Sacerdotal Diocesana, correspondiente al presente mes de mayo y presidida por el Sr. Obispo.

Se inició la Jornada en la Capilla con el rezo de la Hora Intermedia y la exposición del Santísimo.

En este ambiente de oración, el Sr. Obispo, D. Juan Antonio Reig Pla, quiso dirigirse a sus sacerdotes. Era su primera Jornada Sacerdotal en esta Diócesis. Para ello, fue comentando el salmo 22 y, a modo de meditación, aplicándolo a la forma de vida del presbítero. Después hubo un tiempo de oración personal ante el Santísimo, que concluyó con la bendición.

A continuación, en la sala de reuniones, se informó sobre diversos asuntos y se abrió un diálogo con el Obispo acerca de distintos temas.

Concluyó la Jornada con la comida, en un ambiente alegre y fraterno.

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO. MAYO 2009

1 - Viernes. San José Obrero. A las 12:30 h. bendición de los terrenos donde se ubicará el futuro Colegio Alborada.

A las 21:00 h. Vigilia de oración con jóvenes en la Iglesia de San Felipe Neri de Alcalá de Henares.

2 - Sábado. San Atanasio, obispo y doctor. A las 18:00 h. Eucaristía en Cocentaina.

3 - Domingo. IV DE PASCUA B. “Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones”. *San Felipe y Santiago, apóstoles.*

A las 12:30 h. en la parroquia de la Asunción de Ntra. Sra. de Villalbilla Eucaristía con ocasión de las fiestas de Stmo. Cristo de la Guía.

4 - Lunes. San José María Rubio, presbítero.

A las 11:30 h. visita a un sacerdote enfermo.

A las 12:30 h. visita al Rector de la Universidad de Alcalá de Henares.

A las 13:30 h. por teléfono entrevista de la COPE.

A las 20:00 h. Santa Misa y cena fraterna en el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor”.

5 - Martes.

A las 10:00 h. visitas en el Palacio Arzobispal.

A las 17:30 h. visitas en el Palacio Arzobispal.

A las 19:30 h. Entrevista en Radio María.

6 - Miércoles. Ntra. Sra. de Belén.

A las 10:30 h. visita de laicos en el Palacio Arzobispal.

A las 18:00 h. visita de laicos en el Palacio Arzobispal.

A las 21:00 h. Eucaristía con la primera Comunidad Neocatecumenal de la Parroquia de Ntra. Sra. de la Soledad de Torrejón de Ardoz.

7 - Jueves.

A las 10:30 h. visitas a la cárcel de mujeres de Alcalá-Meco.

A las 12:00 h. visita a la residencia de ancianos Francisco de Vitoria.

A las 19:00 h. Bendición del nuevo local de Pro-Vida.

8 - Viernes

A las 11:00 h. despacho asuntos de la Curia.

A las 11:30 h. Consejo Episcopal.

A las 21:00 h. Vigilia de oración con matrimonios en la Santa e Insigne Catedral-Magistral.

9 - Sábado. Ntra. Sra. de los Desamparados

A las 12:00 h. Eucaristía con motivo de las fiestas del Santísimo Cristo del Socorro de Nuevo Baztán.

A las 20:00 h. Confirmaciones en Morata de Tajuña.

10 - Domingo. V DE PASCUA B. San Juan de Ávila, presbítero

A las 12:00 visita de un sacerdote.

A las 17:30 h. visita de un Obispo de una diócesis de Angola.

Por la noche en Valfermoso convivencia con sacerdotes jóvenes.

11 - Lunes. En Valfermoso convivencia con sacerdotes jóvenes.

12 - Martes. San Nereo y San Aquiles, mártires y San Pancracio, mártir.

En Valfermoso convivencia con sacerdotes jóvenes.

13 - Miércoles. Ntra. Sra. de Fátima.

Patrona del Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia. Ntra. Sra. de los Buenos Libros.

A las 11:00 h. en Roma, en la sede central del Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia (Pontificia Universidad Lateranense) acto académico de concesión del doctorado *Honoris causa* al Prof. Pierpaolo Donati, profesor de sociología de la Universidad de Bolonia y al Sr. Kiko Argüello, iniciador del Camino Neocatecumenal.

14 - Jueves. San Matías, apóstol

15 - Viernes. San Isidro, Labrador

A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

A las 20:00 h. Eucaristía en la parroquia de la Asunción de Ntra. Sra. de Torres de la Alameda.

16 - Sábado

A las 11:00 h. ordenación de un sacerdote en la Santa e Insigne Catedral-Magistral de Alcalá de Henares.

A las 18:00 h. Saludo a los confirmandos de Polonia en la sede de “*Verbum Dei*”.

A las 20:30 h. Confirmaciones en la parroquia San Juan Evangelista de Torrejón de Ardoz.

17 - Domingo

VI DE PASCUA B. San Pascual Bailón, religioso

A las 20:00 h. Eucaristía en la parroquia de Santo Domingo de la Calzada y de la Inmaculada de Algete.

18 - Lunes. San Juan I, papa y mártir

A las 11:30 h. visita en el palacio Arzobispal.

A las 13:00 h. entrevista en la Cadena SER.

A las 19:00 h. despacho asuntos de la Curia

A las 20:00 h. en el Palacio Arzobispal acto de homenaje al Ex - Consejero D. Santiago Fisas.

19 - Martes

A las 10:00 h. Jornada con los sacerdotes en la Casa Ekumene.

A las 20:45 h. Eucaristía en el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor”.

20 - Miércoles. San Bernardino de Siena, presbítero

A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

A las 20:00 h. Santa Misa con inmigrantes polacos en la ermita de Santa Lucía de Alcalá de Henares.

A las 21:00 h. en el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor” entrevista para la revista diocesana Adal.

21 - Jueves. Santos Cristóbal Magallanes y compañeros mártires.

Aniversario de Confirmación del Sr. Obispo (1959)

A las 10:30 h. en el Palacio Arzobispal reunión con el Secretariado de la Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida.

A las 11:30 h. Consejo Episcopal.

A las 20:00 h. Eucaristía de aniversario de consagración del templo parroquial de la Santa Cruz de Coslada.

22 - Viernes. San Joaquina Vedruna, religiosa y Santa Rita de Casia, virgen

A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

A las 19:30 h. Confirmaciones en el Colegio San Gabriel (Pasionistas) de Alcalá de Henares.

23 - Sábado

A las 11:00 h. Eucaristía en la Catedral por el XXV aniversario de la Hermandad del Rocío en la Diócesis.

Por la tarde visita el Convento de San Juan de la Penitencia de Alcalá de Henares.

24 - Domingo

ASCENSIÓN DEL SEÑOR B. “Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales”

A las 12:30 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral.

Por la tarde visita el Convento de “las Claras” de Alcalá de Henares.

25 - Lunes

San Beda, presbítero y doctor

Santa Vicenta López Vicuña, virgen

26 - Martes. San Felipe Neri, presbítero

A las 10:00 h. visita en el Palacio Arzobispal.

A las 11:00 h. reunión con los Rvdos. Arciprestes.

A las 16:30 h. Eucaristía en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal con un grupo de peregrinos procedentes de las diócesis de Segorbe-Castellón y Cartagena en España.

A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor”.

27 - Miércoles. San Agustín de Cantorbery, obispo

A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

A las 17:30 h. entrevista en Onda Cero.

A las 18:30 h. visita en el Palacio Arzobispal.

28 - Jueves. Aniversario de la consagración episcopal del Papa Benedicto XVI (1977)

A las 10:40 h. aprox. Saludo en Ekumene al obispo de Sigüenza-Guadalajara.

A las 11:30 h. Consejo Episcopal.

A las 17:30 h. Consejo de Asuntos Económicos en el Palacio Arzobispal.

29 - Viernes

A las 10:30 h. visitas de seglares en el Palacio Arzobispal.

A las 17:30 h. vista en el Palacio Arzobispal.

30 - Sábado. San Fernando III, rey; Santa Juana de Arco, virgen

A las 06:30 h. Rosario de la Aurora desde la Plaza de Los Doctrinos, organizado por la Cofradía de Ntra. Sra. del Val.

A las 10:00 h. en Villarejo de Salvanés Jornada con los Voluntarios de Cáritas (Conferencia a cargo del Sr. Obispo de Barbastro) y a las 13:00 h. Eucaristía.

A las 21:00 h. en la Santa e Insigne Catedral-Magistral Vigilia de Pentecostés.

31 - Domingo.

Domingo PENTECOSTÉS B. “Día de la Acción católica y del Apostolado Seglar”.

A las 12:00 h. Confirmaciones en la Parroquia de Santiago de Alcalá de Henares.

A las 19:00 h. profesión solemne de Sor Mónica Rocío Cambizaca en el Monasterio de Santa Úrsula de las Concepcionistas Franciscanas.



Diócesis de Getafe

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DEFUNCIONES

D. Silvino Benavente Ginés, padre de D. José Luis Benavente Benito, Ecónomo diocesano, falleció en Getafe, el 11 de mayo de 2009, a los 85 años. Tenía 7 hijos y 7 nietos. Su sobrino, el Obispo de Albacete, D. Ciriaco Benavente, celebró su funeral acompañado de los Vicarios Generales y varios sacerdotes de la Diócesis.

INFORMACIÓN

La Acción Católica General de la Diócesis ha organizado *Tortosa 2009: Un Verano Diferente para las familias. Un tiempo para descansar, divertirse, estar en familia, rezar, formarse y convivir.*

LUGAR: SEMINARIO MENOR DE TORTOSA

CUÁNDO: DEL 23 AL 30 DE AGOSTO

INFORMACIÓN: Blanca (629062743)
veranoparafamilias@gmail.com

INSCRIPCIONES: Pilar (639555939)

PRECIO: matrícula de familias: 180 €
matrícula de solteros: 140€
precio por día, pensión completa:
adultos: 39.5 €
niños 4-12 años: 25 €
niños 0-3 años: gratis

DESCUENTO PARA FAMILIAS NUMEROSAS:

tercer hijo 50%, a partir del cuarto hijo gratis
posibilidad de becas para familias que lo soliciten

DELEGACIÓN DE JUVENTUD

Ha organizado la **12ª Escuela de Verano Joven** con el lema “Para que conozcamos los dones que Dios nos ha concedido”

«No son los elementos del cosmos, las leyes de la materia, lo que en definitiva gobierna el mundo y el hombre, sino que es un Dios personal quien gobierna las estrellas, es decir, el universo la última instancia no son las leyes de la materia y de la evolución, sino la razón, la voluntad, el amor: una Persona. La vida no es el simple producto de las leyes y de la casualidad de la materia, sino que en todo, y al mismo tiempo por encima de todo, hay una voluntad personal, hay un Espíritu que en Jesús se ha revelado como Amor». (Cf. Benedicto XVI, *Spe Salvi* 5)

Programa de Cursos

CICLO BÁSICO (A):

-LOS MISTERIOS DEL CRISTIANISMO
(Las verdades esenciales de la vida cristiana).
Lic. D. Carlos Ruiz Sáiz.

CICLO MEDIO (B):

-LA DOCTRINA SOCIAL CRISTIANA, UNA MIRADA CAPAZ DE TRANSFORMAR Y HUMANIZAR EL MUNDO.

(La fe cristiana ante la economía y la política).

Dr. D. Andrés Jiménez Abad.

-LA IGLESIA NACIENTE Y SAN PABLO DE TARSO.

(Los inicios de la Iglesia en la experiencia de San Pablo).

Dr. D. Agustín Giménez González.

CICLO AVANZADO (C):

-LA INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO EN LAS GRANDES REVOLUCIONES CULTURALES.

(La contribución de la Iglesia a los logros de la humanidad).

Dr. D. Ángel Barahona Plaza.

OTROS ACTOS

-España, identidad y misión.

Dr. D. Bienvenido Gazapo Andrade.

(Profesor de la Universidad Europea de Madrid).

Sábado, 1 de agosto.

-La Iglesia en España ante los futuros desafíos del S. XXI.

Monseñor D. Juan Antonio Martínez Camino.

(Secretario General de la Conferencia Episcopal Española).

Lunes, 3 de agosto.

-La pastoral juvenil en Benedicto XVI.

Rvdo. P. D. Gonzalo Pérez-Boccherini Stampa.

(Delegado de Juventud de la Diócesis de Getafe).

Miércoles, 5 de agosto.

-Cine y espiritualidad cristiana.

Asociación Cinemanet.

Viernes 7 y sábado 8 de agosto.

¡¡¡ Y ADEMÁS !!! ... Liturgia de las Horas,
Exposición del Santísimo y Eucaristía diarios.
Competiciones deportivas. Excursión cultural. Cine.
Debates. Juegos. Piscina. Tiempo de ocio ...

LUGAR Y FECHAS

Colegio Seminario Diocesano, Rozas de Puerto Real (Madrid)
Ctra. Alcorcón – Plasencia, Km. 69.
Entrada: 1 de agosto a las 13 horas.
Salida: 9 de agosto a las 13 horas.

CONDICIONES GENERALES

Plazas limitadas. Régimen de pensión completa. Escuela para jóvenes católicos de 17 años en adelante. Para la estancia es necesario llevar sábanas y toalla.

REQUISITOS DE INSCRIPCIÓN

Precio total: 190 euros.

Período de pre-inscripción: 26 de abril – 31 de mayo (Abono de 40 euros y entrega de ficha de inscripción). La pre-inscripción conlleva reserva de plaza y preferencia en la asignación de curso.

Período de inscripción: 1 de junio – 26 de julio (Pago de 150 euros o el resto del importe).

Entrega de documentación: La ficha de inscripción junto con las fotocopias de los resguardos de los ingresos bancarios hay que hacerla llegar a la Secretaría de la *Escuela de Verano Joven*. Para inscripciones a tiempo parcial e información general, consultar a Secretaría.

Inscripción on-line (alternativa opcional):

www.pastoraljovenes-getafe.org

Abono de la cuota: Caja Madrid. CCC: 2038-2440-48-3001627579.

Titular de la cuenta: “*Movimiento de Jóvenes de Acción Católica*”. En el campo “*Concepto*”, indicar: “*Escuela de Verano Joven*”, así como nombre y apellidos del asistente y la parroquia o movimiento eclesial de procedencia.

INFORMACIÓN E INSCRIPCIONES

Secretaría de la *Escuela de Verano Joven* (Rozas' 2009).

P. D. Jaime Pérez-Boccherini Stampa.

Sr. D. Carlos Montuenga Torres.

Srta. D^a. Marta Mendivil Nieto.

Tlf: 650 40 25 31.

Correo postal: Obispado de Getafe.

C/Almendro, 4. 28901 Getafe (Madrid).

Correo electrónico: escuela_verano_rozas@hotmail.com

ORGANIZACIÓN

Promociona:

Delegación de Juventud.

Coordina:

Movimiento de Jóvenes de Acción Católica.

Colaboran:

Seminario Mayor.

Seminario Menor.

Delegación de Pastoral Universitaria.

Delegación de Apostolado Seglar.

Centro Diocesano de Teología.

Fraternidad Seglar en el Corazón de Cristo.

Fundación Carmen de Noriega.

Asociación Cinemanet.

DELEGACIÓN DE HERMANDADES Y COFRADÍAS

DECRETO. NOMBRAMIENTO PRESIDENTE DEL CONSEJO GENERAL DE HERMANDADES Y COFRADÍAS DE LA DIÓCESIS DE GETAFE

JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR Y CÁNOVAS DEL CASTILLO
Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica
OBISPO DE GETAFE

La Asamblea General de Hermandades y Cofradías ha elegido como Presidente del Consejo General de Hermandades y Cofradías de la Diócesis de Getafe a D. Luis Rodrigo Borque, con fecha 7 de marzo de 2009.

Por facultades que me otorga el c. 317,1 del vigente Código de Derecho Canónico sobre las Asociaciones públicas, nombro a

D. LUIS RODRÍGO BORQUE
PRESIDENTE DEL CONSEJO GENERAL DE HERMANDADES Y
COFRADÍAS DE LA DIÓCESIS DE GETAFE

Espero y deseo que, al ser elegido para el cargo, continúe trabajando por el bien espiritual y la unión de todos los miembros de las Hermandades y Cofradías de la Diócesis, fomentando los medios de formación, la colaboración con las

actividades pastorales de las parroquias y el compromiso cristiano en las tareas
seculares.



Dado en Getafe, a 2 de abril de 2009, fiesta de San Francisco de Paula.

† Joaquín María López de Andújar y Canovas del Castillo
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Armenteros Montiel
Canciller Secretario

MENSAJE DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI
PARA LA XLIII JORNADA MUNDIAL
DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

«Nuevas tecnologías, nuevas relaciones.
Promover una cultura de respeto, de diálogo, de amistad.»

24 de mayo de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Ante la proximidad de la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, me es grato dirigirme a vosotros para exponeros algunas de mis reflexiones sobre el tema elegido este año: Nuevas tecnologías, nuevas relaciones. Promover una cultura de respeto, de diálogo y amistad. En efecto, las nuevas tecnologías digitales están provocando hondas transformaciones en los modelos de comunicación y en las relaciones humanas. Estos cambios resaltan más aún entre los jóvenes que han crecido en estrecho contacto con estas nuevas técnicas de comunicación y que, por tanto, se sienten a gusto en el mundo digital, que resulta sin embargo menos familiar a muchos de nosotros, adultos, que hemos debido empezar a entenderlo y apreciar las oportunidades que ofrece para la comunicación. En el mensaje de este año, pienso particularmente en quienes forman parte de la llamada generación digital. Quisiera compartir con ellos algunas ideas

sobre el extraordinario potencial de las nuevas tecnologías, cuando se usan para favorecer la comprensión y la solidaridad humana. Estas tecnologías son un verdadero don para la humanidad y por ello debemos hacer que sus ventajas se pongan al servicio de todos los seres humanos y de todas las comunidades, sobre todo de los más necesitados y vulnerables.

El fácil acceso a teléfonos móviles y computadoras, unido a la dimensión global y a la presencia capilar de Internet, han multiplicado los medios para enviar instantáneamente palabras e imágenes a grandes distancias y hasta los lugares más remotos del mundo. Esta posibilidad era impensable para las precedentes generaciones. Los jóvenes especialmente se han dado cuenta del enorme potencial de los nuevos medios para facilitar la conexión, la comunicación y la comprensión entre las personas y las comunidades, y los utilizan para estar en contacto con sus amigos, para encontrar nuevas amistades, para crear comunidades y redes, para buscar información y noticias, para compartir sus ideas y opiniones. De esta nueva cultura de comunicación se derivan muchos beneficios: las familias pueden permanecer en contacto aunque sus miembros estén muy lejos unos de otros; los estudiantes e investigadores tienen acceso más fácil e inmediato a documentos, fuentes y descubrimientos científicos, y pueden así trabajar en equipo desde diversos lugares; además, la naturaleza interactiva de los nuevos medios facilita formas más dinámicas de aprendizaje y de comunicación que contribuyen al progreso social.

Aunque nos asombra la velocidad con que han evolucionado las nuevas tecnologías en cuanto a su fiabilidad y eficiencia, no debería de sorprendernos su popularidad entre los usuarios, pues ésta responde al deseo fundamental de las personas de entrar en relación unas con otras. Este anhelo de comunicación y amistad tiene su raíz en nuestra propia naturaleza humana y no puede comprenderse adecuadamente sólo como una respuesta a las innovaciones tecnológicas. A la luz del mensaje bíblico, ha de entenderse como reflejo de nuestra participación en el amor comunicativo y unificador de Dios, que quiere hacer de toda la humanidad una sola familia. Cuando sentimos la necesidad de acercarnos a otras personas, cuando deseamos conocerlas mejor y darnos a conocer, estamos respondiendo a la llamada divina, una llamada que está grabada en nuestra naturaleza de seres creados a imagen y semejanza de Dios, el Dios de la comunicación y de la comunión.

El deseo de estar en contacto y el instinto de comunicación, que parecen darse por descontados en la cultura contemporánea, son en el fondo manifestacio-

nes modernas de la tendencia fundamental y constante del ser humano a ir más allá de sí mismo para entrar en relación con los demás. En realidad, cuando nos abrimos a los demás, realizamos una de nuestras más profundas aspiraciones y nos hacemos más plenamente humanos. En efecto, amar es aquello para lo que hemos sido concebidos por el Creador. Naturalmente, no hablo de relaciones pasajeras y superficiales; hablo del verdadero amor, que es el centro de la enseñanza moral de Jesús: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas», y «amarás a tu prójimo como a ti mismo» (cf. Mc 12, 30-31). Con esta luz, al reflexionar sobre el significado de las nuevas tecnologías, es importante considerar no sólo su indudable capacidad de favorecer el contacto entre las personas, sino también la calidad de los contenidos que se deben poner en circulación. Deseo animar a todas las personas de buena voluntad, y que trabajan en el mundo emergente de la comunicación digital, para que se comprometan a promover una cultura de respeto, diálogo y amistad.

Por lo tanto, quienes se ocupan del sector de la producción y difusión de contenidos de los nuevos medios, han de comprometerse a respetar la dignidad y el valor de la persona humana. Si las nuevas tecnologías deben servir para el bien de los individuos y de la sociedad, quienes las usan deben evitar compartir palabras e imágenes degradantes para el ser humano, y excluir por tanto lo que alimenta el odio y la intolerancia, envilece la belleza y la intimidad de la sexualidad humana, o lo que explota a los débiles e indefensos.

Las nuevas tecnologías han abierto también caminos para el diálogo entre personas de diversos países, culturas y religiones. El nuevo espacio digital, llamado ciberespacio, permite encontrarse y conocer los valores y tradiciones de otros. Sin embargo, para que esos encuentros den fruto, se requieren formas honestas y correctas de expresión, además de una escucha atenta y respetuosa. El diálogo debe estar basado en una búsqueda sincera y recíproca de la verdad, para potenciar el desarrollo en la comprensión y la tolerancia. La vida no es una simple sucesión de hechos y experiencias; es más bien la búsqueda de la verdad, del bien, de la belleza. A dichos fines se encaminan nuestras decisiones y el ejercicio de nuestra libertad, y en ellos —la verdad, el bien y la belleza— encontramos felicidad y alegría. No hay que dejarse engañar por quienes tan sólo van en busca de consumidores en un mercado de posibilidades indiferenciadas, donde la elección misma se presenta como el bien, la novedad se confunde con la belleza y la experiencia subjetiva suplanta a la verdad.

El concepto de amistad ha tenido un nuevo auge en el vocabulario de las redes sociales digitales que han surgido en los últimos años. Este concepto es una de las más nobles conquistas de la cultura humana. En nuestras amistades, y a través de ellas, crecemos y nos desarrollamos como seres humanos. Precisamente por eso, siempre se ha considerado la verdadera amistad como una de las riquezas más grandes que puede tener el ser humano. Por tanto, se ha de tener cuidado de no banalizar el concepto y la experiencia de la amistad. Sería una pena que nuestro deseo de establecer y desarrollar las amistades on line fuera en deterioro de nuestra disponibilidad para la familia, los vecinos y quienes encontramos en nuestra realidad cotidiana, en el lugar de trabajo, en la escuela o en el tiempo libre. En efecto, cuando el deseo de conexión virtual se convierte en obsesivo, la consecuencia es que la persona se aísla, interrumpiendo su interacción social real. Esto termina por alterar también los ritmos de reposo, de silencio y de reflexión necesarios para un sano desarrollo humano.

La amistad es un gran bien para las personas, pero se vaciaría de sentido si fuese considerado como un fin en sí mismo. Los amigos deben sostenerse y animarse mutuamente para desarrollar sus capacidades y talentos, y para poner éstos al servicio de la comunidad humana. En este contexto es alentador ver surgir nuevas redes digitales que tratan de promover la solidaridad humana, la paz y la justicia, los derechos humanos, el respeto por la vida y el bien de la creación. Estas redes pueden facilitar formas de cooperación entre pueblos de diversos contextos geográficos y culturales, permitiéndoles profundizar en la humanidad común y en el sentido de corresponsabilidad para el bien de todos. Pero se ha de procurar que el mundo digital en el que se crean esas redes sea realmente accesible a todos. Sería un grave daño para el futuro de la humanidad si los nuevos instrumentos de comunicación, que permiten compartir saber e información de modo más veloz y eficaz, no fueran accesibles a quienes ya están social y económicamente marginados, o si contribuyeran tan sólo a acrecentar la distancia que separa a los pobres de las nuevas redes que se desarrollan al servicio de la información y la socialización humana.

Quisiera concluir este mensaje dirigiéndome de manera especial a los jóvenes católicos, para exhortarlos a llevar al mundo digital el testimonio de su fe. Amigos, sentíos comprometidos a sembrar en la cultura de este nuevo ambiente comunicativo e informativo los valores sobre los que se apoya vuestra vida. En los primeros tiempos de la Iglesia, los Apóstoles y sus discípulos llevaron la Buena Noticia de Jesús al mundo grecorromano. Así como entonces la evangelización, para dar fruto,

tuvo necesidad de una atenta comprensión de la cultura y de las costumbres de aquellos pueblos paganos, con el fin de tocar su mente y su corazón, así también ahora el anuncio de Cristo en el mundo de las nuevas tecnologías requiere conocer éstas en profundidad para usarlas después de manera adecuada. A vosotros, jóvenes, que casi espontáneamente os sentís en sintonía con estos nuevos medios de comunicación, os corresponde de manera particular la tarea de evangelizar este «continente digital». Hacedos cargo con entusiasmo del anuncio del Evangelio a vuestros coetáneos. Vosotros conocéis sus temores y sus esperanzas, sus entusiasmos y sus desilusiones. El don más valioso que les podéis ofrecer es compartir con ellos la «buena noticia» de un Dios que se hizo hombre, padeció, murió y resucitó para salvar a la humanidad. El corazón humano anhela un mundo en el que reine el amor, donde los bienes sean compartidos, donde se edifique la unidad, donde la libertad encuentre su propio sentido en la verdad y donde la identidad de cada uno se logre en una comunión respetuosa. La fe puede dar respuesta a estas aspiraciones: ¡sed sus mensajeros! El Papa está junto a vosotros con su oración y con su bendición.

Vaticano, 24 de enero 2009, Fiesta de San Francisco de Sales.

PEREGRINACIÓN DEL PAPA BENEDICTO XVI A TIERRA SANTA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

**Aeropuerto internacional Reina Alia de Ammán
Viernes 8 de mayo de 2009**

Majestades;
excelencias;
queridos hermanos en el episcopado;
queridos amigos:

Os saludo con alegría a todos vosotros, aquí presentes, mientras inicio mi primera visita a Oriente Medio desde mi elección a la Sede apostólica, y me alegra pisar el suelo del reino hachemita de Jordania, una tierra tan rica en historia, patria de tantas civilizaciones antiguas, y profundamente impregnada de significado religioso para judíos, cristianos y musulmanes. Agradezco a su majestad el rey Abdalá II sus corteses palabras de bienvenida y lo felicito de modo especial en este año que marca el décimo aniversario de su elevación al trono.

Al saludar a su majestad, expreso de corazón mis mejores deseos a todos los miembros de la familia real, al Gobierno y a todo el pueblo del reino. Saludo a los obispos aquí presentes, especialmente a los que tienen responsabilidades pastorales en Jordania. Espero con ilusión celebrar mañana por la tarde la liturgia en la catedral de San Jorge y el domingo en el Estadio internacional junto con voso-

tros, queridos obispos, y con muchos de los fieles encomendados a vuestra solicitud pastoral.

Vengo a Jordania como peregrino, para venerar los santos lugares que desempeñaron un papel tan importante en algunos de los acontecimientos clave de la historia bíblica. En el monte Nebo Moisés llevó a su pueblo a contemplar la tierra que se convertiría en su hogar, y aquí murió y fue sepultado. En Betania más allá del Jordán, Juan Bautista predicó y dio testimonio de Jesús, a quien bautizó en las aguas del río que da el nombre a esta tierra.

En los próximos días visitaré ambos lugares santos y tendré la alegría de bendecir las primeras piedras de iglesias que se construirán en el lugar tradicional del bautismo del Señor. La oportunidad que tiene la comunidad católica de Jordania de edificar lugares públicos de culto es un signo del respeto de este país por la religión y, en nombre de los católicos, deseo expresar cuánto aprecio esta apertura. La libertad religiosa es, ciertamente, un derecho humano fundamental; y tengo la ferviente esperanza y elevo mi oración para que el respeto de todos los derechos inalienables y de la dignidad de todo hombre y mujer se consolide y defienda cada vez más, no sólo en Oriente Medio sino en todas las partes del mundo.

Mi visita a Jordania me brinda la grata oportunidad de expresar mi profundo respeto por la comunidad musulmana y de rendir homenaje al liderazgo que desempeña su majestad el rey al promover un mejor entendimiento de las virtudes proclamadas por el islam. Ahora que han pasado algunos años desde la publicación del Mensaje de Ammán y del Mensaje interreligioso de Ammán, podemos decir que estas nobles iniciativas han logrado buenos resultados al favorecer una alianza de civilizaciones entre el mundo occidental y el musulmán, desmintiendo las predicciones de quienes creen inevitables la violencia y el conflicto.

De hecho, desde hace tiempo el reino de Jordania está en primera línea en las iniciativas encaminadas a promover la paz en Oriente Medio y en todo el mundo, alentando el diálogo interreligioso, apoyando los esfuerzos para encontrar una solución justa al conflicto palestino-israelí, acogiendo a los refugiados del vecino Irak, e intentando frenar el extremismo. No puedo dejar pasar esta oportunidad sin recordar los esfuerzos pioneros en favor de la paz en la región realizados por el anterior rey Hussein. Parece muy oportuno que mi encuentro de mañana con los líderes religiosos musulmanes, el Cuerpo diplomático y los rectores de universidades tenga lugar en la mezquita que lleva su nombre. Que su compromiso en favor de

la solución de los conflictos de la región siga dando fruto en los esfuerzos por promover una paz duradera y una verdadera justicia para todos los habitantes de Oriente Medio.

Queridos amigos, en el seminario organizado en Roma en el otoño del año pasado por el Foro católico-musulmán, los participantes examinaron el papel central que desempeña, en nuestras respectivas tradiciones religiosas, el mandamiento del amor. Espero vivamente que esta visita y todas las iniciativas programadas para promover buenas relaciones entre cristianos y musulmanes, ayuden a crecer en el amor al Dios todopoderoso y misericordioso, así como en el amor fraterno mutuo. Gracias por vuestra bienvenida. Gracias por vuestra atención. Que Dios conceda a sus majestades felicidad y larga vida. Que él bendiga a Jordania con prosperidad y paz.

ENCUENTRO CON LOS LÍDERES RELIGIOSOS
MUSULMANES,
CON EL CUERPO DIPLOMÁTICO
Y CON LOS RECTORES
DE LAS UNIVERSIDADES JORDANAS

DISCURSO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI

Mezquita Al-Hussein bin-Talal - Ammán
Sábado 9 de mayo de 2009

Alteza real;
excelencias;
ilustres señoras y señores:

Para mí es motivo de gran alegría encontrarme con vosotros esta mañana, en este espléndido marco. Deseo dar las gracias al príncipe Ghazi Bin Muhammed bin Talal por sus amables palabras de bienvenida. Las numerosas iniciativas de su alteza real para promover el diálogo y el intercambio interreligioso e intercultural son apreciadas por los ciudadanos del reino hachemita y ampliamente respetadas por la comunidad internacional. Sé que estos esfuerzos reciben el apoyo activo de otros miembros de la familia real, así como del Gobierno de la nación, y encuentran

amplia resonancia en las muchas iniciativas de colaboración entre los jordanos. Por todo esto deseo manifestar mi sincera admiración.

Lugares de culto, como esta estupenda mezquita de Al-Hussein bin Talal, dedicada al venerado rey difunto, destacan como joyas sobre la superficie de la tierra. Todas, tanto las antiguas como las modernas, tanto las espléndidas como las humildes, hacen referencia a lo divino, al Único Trascendente, al Omnipotente. Y, a través de los siglos, estos santuarios han atraído a hombres y mujeres dentro de su espacio sagrado para hacer una pausa, para rezar, para ponerse en la presencia del Omnipotente, así como para reconocer que todos somos criaturas suyas.

Por este motivo no podemos menos de preocuparnos por el hecho de que hoy, cada vez con mayor insistencia, algunos creen que la religión ha fracasado en su aspiración a ser, por su misma naturaleza, constructora de unidad y de armonía, expresión de comunión entre personas y con Dios. De hecho, algunos afirman que la religión es necesariamente una causa de división en el mundo; y por eso afirman que cuanto menor atención se preste a la religión en la esfera pública, tanto mejor. Por desgracia, no se puede negar la contradicción de las tensiones y divisiones entre seguidores de diferentes tradiciones religiosas. Sin embargo, ¿no sucede con frecuencia que la manipulación ideológica de la religión, en ocasiones con fines políticos, es el auténtico catalizador de las tensiones y divisiones y con frecuencia también de la violencia en la sociedad?

Ante esta situación, en la que los opositores de la religión no sólo tratan de acallar su voz sino de sustituirla con la suya, se experimenta de una manera más aguda la necesidad de que los creyentes sean fieles a sus principios y creencias. Musulmanes y cristianos, precisamente a causa del peso de nuestra historia común a menudo marcada por incomprensiones, tienen que esforzarse hoy por ser conocidos y reconocidos como adoradores de Dios, fieles a la oración, deseosos de comportarse y vivir según las disposiciones del Omnipotente, misericordiosos y compasivos, coherentes para dar testimonio de todo lo que es verdadero y bueno, recordando siempre el origen común y la dignidad de toda persona humana, que constituye la cumbre del designio creador de Dios para el mundo y para la historia.

La decisión de los educadores jordanos, así como de los líderes religiosos y civiles, de hacer que el rostro público de la religión refleje su auténtica naturaleza es digna de aplauso. El ejemplo de personas y comunidades, junto con la provisión de cursos y programas, manifiesta la contribución constructiva de la religión en los

sectores educativo, cultural y social, así como en otros sectores caritativos de vuestra sociedad civil. También yo he tenido la posibilidad de constatar personalmente algo de este espíritu. Ayer tomé contacto con la reconocida obra educativa y de rehabilitación realizada en el Centro Nuestra Señora de la Paz, en el que cristianos y musulmanes están transformando la vida de familias enteras, asistiéndolas para que sus hijos discapacitados puedan ocupar en la sociedad el puesto que les corresponde.

Esta mañana bendije la primera piedra de la Universidad de Madaba, donde jóvenes musulmanes y cristianos, juntos, recibirán los beneficios de una educación superior, que les preparará para contribuir al desarrollo económico y social de su nación. También tienen gran mérito las numerosas iniciativas de diálogo interreligioso sostenidas por la familia real y por la comunidad diplomática, en ocasiones emprendidas en colaboración con el Consejo pontificio para el diálogo interreligioso. Estas iniciativas implican un trabajo continuo de los Institutos reales para estudios interreligiosos y el pensamiento islámico, el Mensaje de Ammán, de 2004, el Mensaje interreligioso de Ammán de 2005, y la reciente carta «Una palabra común», que se hacía eco de un tema similar al que afronté en mi primera encíclica: el vínculo inquebrantable entre el amor a Dios y el amor al prójimo, así como la contradicción fundamental de recurrir a la violencia o a la exclusión en nombre de Dios (cf. *Deus caritas est*, 16).

Estas iniciativas llevan claramente a un mayor conocimiento recíproco y promueven un respeto cada vez mayor tanto por lo que tenemos en común como por lo que comprendemos de manera diferente. Por tanto, deberían llevar a cristianos y musulmanes a sondear aún más profundamente la relación esencial entre Dios y su mundo, de manera que juntos podamos movilizarnos para que la sociedad esté en armonía con el orden divino. En este sentido, la colaboración que tiene lugar aquí, en Jordania, constituye un ejemplo alentador y convincente para la región, más aún, para el mundo, de la contribución positiva y creativa que la religión puede y debe dar a la sociedad civil.

Distinguidos amigos, hoy deseo mencionar una tarea que he presentado en varias ocasiones y que creo firmemente que los cristianos y los musulmanes pueden asumir, en particular a través de su contribución a la enseñanza y la investigación científica, así como al servicio de la sociedad. Esta tarea es el desafío de cultivar para el bien, en el contexto de la fe y de la verdad, el gran potencial de la razón humana. De hecho, los cristianos describen a Dios, entre otras maneras, como

Razón creativa, que ordena y guía al mundo. Y Dios nos da la capacidad de participar en esta Razón y así actuar según el bien. Los musulmanes adoran a Dios, Creador del cielo y de la tierra, que ha hablado a la humanidad. Y como creyentes en el único Dios, sabemos que la razón humana es en sí misma don de Dios, y se eleva al nivel más elevado cuando es iluminada por la luz de la verdad de Dios.

En realidad, cuando la razón humana permite humildemente ser purificada por la fe, no se debilita; al contrario, se refuerza al resistir a la presunción de ir más allá de sus propios límites. De esta manera, la razón humana se refuerza en el empeño de perseguir su noble objetivo de servir a la humanidad, manifestando nuestras aspiraciones comunes más íntimas, ampliando el debate público, en vez de manipularlo o restringirlo. Por tanto, la adhesión genuina a la religión, en vez de restringir nuestra mente, amplía el horizonte de la comprensión humana. Protege a la sociedad civil de los excesos de un ego incontrolable, que tiende a hacer absoluto lo finito y a eclipsar lo infinito; asegura que la libertad se ejerza en consonancia con la verdad; y enriquece la cultura con el conocimiento de lo que concierne a todo lo que es verdadero, bueno y bello.

Esta comprensión de la razón, que lleva continuamente a la mente humana más allá de sí misma en la búsqueda de lo Absoluto, plantea un desafío: implica un sentido tanto de esperanza como de prudencia. Cristianos y musulmanes, juntos, están llamados a buscar todo lo que es justo y recto. Estamos comprometidos a superar nuestros intereses particulares y alentar a los demás, en particular a los administradores y líderes sociales, a hacer lo mismo para experimentar la profunda satisfacción de servir al bien común, incluso en detrimento del bien personal. Se nos recuerda que precisamente porque nuestra dignidad humana constituye el origen de los derechos humanos universales, estos valen para todo hombre y mujer, sin distinción de grupos religiosos, sociales o étnicos. A este respecto, debemos subrayar que el derecho a la libertad religiosa va más allá de la cuestión del culto e incluye el derecho, especialmente de las minorías, a un justo acceso al mercado del empleo y a las demás esferas de la vida civil.

Esta mañana, antes de despedirme de vosotros, quiero señalar en especial la presencia entre nosotros de Su Beatitud Emmanuel III Delly, patriarca de Bagdad, a quien saludo de corazón. Su presencia recuerda a los ciudadanos del vecino Irak, muchos de los cuales han encontrado una cordial acogida aquí, en Jordania. Los esfuerzos de la comunidad internacional para promover la paz y la reconciliación, junto con los de los líderes locales, tienen que seguir para que den fruto en la vida de

los iraquíes. Expreso mi aprecio por todos aquellos que apoyan los esfuerzos orientados a profundizar la confianza y a reconstruir las instituciones y las infraestructuras esenciales para el bienestar de esa sociedad. Una vez más pido con insistencia a los diplomáticos y a la comunidad internacional que representan, así como a los líderes políticos y religiosos locales, que hagan todo lo posible para asegurar a la antigua comunidad cristiana de esa noble tierra el derecho fundamental a la pacífica convivencia con sus propios compatriotas.

Distinguidos amigos, confío en que los sentimientos que he expresado hoy nos dejen con una renovada esperanza en el futuro. El amor y el deber ante el Omnipotente no se manifiestan sólo en el culto, sino también en el amor y en la preocupación por los niños y los jóvenes -vuestras familias- y por todos los ciudadanos de Jordania. Por ellos trabajáis y por ellos ponéis en el centro de las instituciones, de las leyes y de las funciones de la sociedad el bien de toda persona humana. Que la razón, ennoblecida y hecha humilde por la grandeza de la verdad de Dios, siga plasmando la vida y las instituciones de esta nación, a fin de que las familias florezcan y que todos vivan en paz, contribuyendo y al mismo tiempo recurriendo a la cultura que unifica a este gran reino. ¡Muchas gracias!

HOMILÍA DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI

Estadio internacional de Ammán
Domingo 10 de mayo de 2009

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Me alegra poder celebrar esta Eucaristía junto con vosotros al inicio de mi peregrinación a Tierra Santa. Ayer, desde las alturas del monte Nebo, me detuve a contemplar esta gran tierra, la tierra de Moisés, Elías y Juan Bautista, la tierra en la que las antiguas promesas de Dios se cumplieron con la llegada del Mesías, Jesús nuestro Señor. Esta tierra es testigo de su predicación y sus milagros, de su muerte y resurrección, y de la efusión del Espíritu Santo sobre la Iglesia, el sacramento de una humanidad reconciliada y renovada. Meditando en el misterio de la fidelidad de Dios, oré para que la Iglesia en estas tierras sea confirmada en la esperanza y fortalecida en su testimonio de Cristo Resucitado, el Salvador de la humanidad. Verdaderamente, como san Pedro nos dice hoy en la primera lectura, «no hay, bajo el cielo, otro nombre dado a los hombres, por el que nosotros debamos salvarnos» (Hch 4, 12).

La alegre celebración del sacrificio eucarístico de hoy expresa la rica diversidad de la Iglesia católica en Tierra Santa. Os saludo a todos con afecto en el Señor. Agradezco a Su Beatitud Fouad Twal, patriarca latino de Jerusalén, sus

amables palabras de bienvenida. Mi saludo se dirige también a los numerosos jóvenes de las escuelas católicas que hoy traen su entusiasmo a esta celebración eucarística.

En el pasaje evangélico que acabamos de escuchar Jesús proclama: «Yo soy el buen pastor..., que da su vida por las ovejas» (Jn 10, 11). Como Sucesor de san Pedro, al que el Señor confió el cuidado de su rebaño (cf. Jn 21, 15-17), esperaba desde hace mucho tiempo esta oportunidad de estar ante vosotros como testigo del Salvador resucitado y animaros a perseverar en la fe, la esperanza y la caridad, en fidelidad a las antiguas tradiciones y a la singular historia de testimonio cristiano que os une con la época de los Apóstoles. La comunidad católica aquí está profundamente afectada por las dificultades e incertidumbres que viven todos los habitantes de Oriente Medio. No olvidéis nunca la gran dignidad que deriva de vuestra herencia cristiana; y no dejéis de sentir la amorosa solidaridad de todos vuestros hermanos y hermanas en la Iglesia en todo el mundo.

«Yo soy el buen Pastor», nos dice el Señor, «conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí» (Jn 10, 14). Hoy en Jordania celebramos la Jornada mundial de oración por las vocaciones. Al meditar en el Evangelio del buen Pastor, pidamos al Señor que abra cada vez más nuestro corazón y nuestra mente para escuchar su llamada. En verdad, Jesús «nos conoce» más profundamente de lo que nos conocemos a nosotros mismos, y tiene un plan para cada uno de nosotros. También sabemos que donde él nos llama encontraremos felicidad y realización personal, pues nos encontraremos a nosotros mismos (cf. Mt 10, 39). Hoy invito a los numerosos jóvenes aquí presentes a considerar cómo el Señor los está llamando a seguirlo para construir su Iglesia. Sea en el ministerio sacerdotal, en la vida consagrada o en el sacramento del matrimonio, Jesús tiene necesidad de vosotros para hacer que se escuche su voz y para trabajar por el crecimiento de su reino.

En la segunda lectura de hoy, san Juan nos invita a «pensar en el gran amor con el cual el Padre nos ha amado» (cf. 1 Jn 3, 1), haciéndonos sus hijos adoptivos en Cristo. Al escuchar estas palabras debemos agradecer la experiencia del amor del Padre que hemos tenido en nuestras familias, desde el amor de nuestros padres y madres, abuelos, hermanos y hermanas. Durante la celebración de este Año de la familia, la Iglesia en toda Tierra Santa ha reflexionado sobre la familia como misterio de amor que da la vida, misterio incluido en el plan de Dios con una vocación y misión propia: irradiar el Amor divino que es el manantial y el cumplimiento último de todos los demás amores de nuestra vida.

Que cada familia cristiana crezca en la fidelidad a esta noble vocación de ser una verdadera escuela de oración, en la que los niños aprendan el amor sincero de Dios, maduren en la autodisciplina y en la atención a las necesidades de los demás, y en la que, modelados por la sabiduría que proviene de la fe, contribuyan a construir una sociedad cada vez más justa y fraterna. Las sólidas familias cristianas de estas tierras son una gran herencia recibida de las generaciones precedentes. Que las familias de hoy sean fieles a esta gran herencia y que nunca falte el apoyo material y moral que necesitan para desempeñar su papel insustituible al servicio de la sociedad.

Un aspecto importante de vuestra reflexión en este Año de la familia ha sido la particular dignidad, vocación y misión de las mujeres en el plan de Dios. ¡Cuánto debe la Iglesia en estas tierras al paciente testimonio de fe y amor de innumerables madres cristianas, religiosas, maestras, doctoras y enfermeras! ¡Cuánto debe vuestra sociedad a todas las mujeres que de diferentes maneras, a veces valientes, han dedicado su vida a construir la paz y a promover el amor! Desde las primeras páginas de la Biblia, vemos cómo el hombre y la mujer, creados a imagen de Dios, están llamados a complementarse mutuamente como administradores de los dones de Dios y colaboradores suyos en comunicar su don de la vida, tanto física como espiritual, a nuestro mundo. Por desgracia, esta dignidad y misión dadas por Dios a las mujeres no siempre han sido suficientemente comprendidas y estimadas.

La Iglesia y la sociedad entera han caído en la cuenta de la urgencia con la que necesitamos lo que mi predecesor el Papa Juan Pablo II llamaba «el carisma profético» de las mujeres (cf. *Mulieris dignitatem*, 29) como portadoras de amor, maestras de misericordia y constructoras de paz, que comunican calor y humanidad a un mundo que con frecuencia juzga el valor de la persona con criterios fríos de explotación y provecho. Con su testimonio público de respeto por las mujeres, y su defensa de la dignidad innata de toda persona humana, la Iglesia en Tierra Santa puede dar una importante contribución al desarrollo de una cultura de verdadera humanidad y a la construcción de la civilización del amor.

Queridos amigos, volvamos a las palabras de Jesús en el Evangelio de hoy. Creo que contienen un mensaje especial para vosotros, su rebaño fiel, en estas tierras donde vivió. «El buen Pastor», nos dice, «da la vida por sus ovejas». Al inicio de la misa hemos pedido al Padre que nos «dé la fuerza para tener el valor de Cristo nuestro Pastor», el cual permaneció siempre fiel a la voluntad del Padre (cf. *Colecta de la misa del cuarto domingo de Pascua*). Que el valor de Cristo, nuestro pastor,

os impulse y sostenga diariamente en vuestros esfuerzos por dar testimonio de la fe cristiana y por mantener la presencia de la Iglesia al cambiar el entramado social de estas antiguas tierras.

La fidelidad a vuestras raíces cristianas, la fidelidad a la misión de la Iglesia en Tierra Santa, exigen a cada uno de vosotros una valentía particular: la valentía de la convicción que nace de una fe personal, y no simplemente de una convención social o de una tradición familiar; la valentía de comprometerse en el diálogo y trabajar juntamente con los demás cristianos al servicio del Evangelio y en solidaridad con los pobres, los desplazados y las víctimas de profundas tragedias humanas; la valentía de construir nuevos puentes para hacer posible un fructuoso encuentro de personas de diferentes religiones y culturas y así enriquecer el entramado de la sociedad. Esto significa también dar testimonio del amor que nos impulsa a «dar» nuestra vida al servicio de los demás y así contrastar maneras de pensar que justifican la «supresión» de vidas inocentes.

«Yo soy el buen pastor; conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí» (Jn 10, 14). Alegraos porque el Señor os ha hecho miembros de su rebaño y os conoce a cada uno por vuestro nombre. Seguidlo con alegría y dejaos guiar por él en todos vuestros caminos. Jesús sabe cuántos desafíos debéis afrontar, cuáles pruebas debéis soportar, y conoce el bien que hacéis en su nombre. Confiad en él, en su amor constante a todos los miembros de su rebaño, y perseverad en vuestro testimonio del triunfo de su amor. Que san Juan Bautista, patrono de Jordania, y María, Virgen y Madre, os sostengan con su ejemplo y su oración, y os conduzcan a la plenitud de la alegría en los eternos pastos, donde gozaremos para siempre de la presencia del buen Pastor y conoceremos para siempre la profundidad de su amor. Amén.

CEREMONIA DE DESPEDIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Aeropuerto internacional Reina Alia de Ammán
Lunes 11 de mayo de 2009

Majestades;
excelencias;
queridos amigos:

Al disponerme a emprender la próxima etapa de mi peregrinación por las tierras de la Biblia, deseo agradecer a todos la cordial acogida que he recibido en Jordania en estos días. Doy las gracias a su majestad el rey Abdalá II por haberme invitado a visitar el reino hachemita, por su hospitalidad y por sus amables palabras. Expreso también mi aprecio por el gran esfuerzo realizado para hacer posible mi visita y asegurar el desarrollo ordenado de los diferentes encuentros y celebraciones.

Las autoridades públicas, con la colaboración de gran número de voluntarios, han trabajado sin descanso durante mucho tiempo para dirigir a las multitudes y organizar los distintos acontecimientos. La cobertura de los medios de comunica-

ción ha permitido a innumerables personas seguir las celebraciones, aunque no hayan podido estar presentes físicamente. Al dar las gracias a quienes lo han hecho posible, deseo extender mi agradecimiento en particular a todos los que están escuchando la radio o viendo la televisión, especialmente a los enfermos y a quienes han tenido que quedarse en casa.

Me alegra en particular haber estado presente en la puesta en marcha de numerosas iniciativas importantes promovidas por la comunidad católica aquí, en Jordania. La nueva sección del Centro Regina pacis abrirá posibilidades concretas para dar esperanza tanto a quienes luchan con dificultades de diversos tipos como a sus familias. Las dos iglesias que se construirán en Betania permitirán a las respectivas comunidades acoger a los peregrinos y promover el crecimiento espiritual de quienes rezarán en ese lugar santo. La Universidad de Madaba dará una contribución particularmente importante a la comunidad más amplia, formando a jóvenes de diversas tradiciones a fin de que se capaciten para forjar el futuro de la sociedad civil. A todos los que están implicados en estos proyectos les expreso mis mejores deseos y les prometo mis oraciones.

Uno de los momentos más destacados de estos días ha sido mi visita a la mezquita al-Hussein bin Talal, donde he tenido el placer de encontrarme con los líderes religiosos musulmanes junto con los miembros del Cuerpo diplomático y los rectores de universidades. Deseo alentar a todos los jordanos, tanto cristianos como musulmanes, a edificar sobre los sólidos cimientos de la tolerancia religiosa, que permite a los miembros de las diferentes comunidades convivir en paz y respeto mutuo. Su majestad el rey ha promovido muy activamente el diálogo interreligioso y deseo destacar lo mucho que es apreciado su compromiso en este sentido. Constato con gratitud la particular consideración que muestra hacia la comunidad cristiana de Jordania. Este espíritu de apertura no sólo ayuda a los miembros de las diferentes comunidades étnicas de este país a convivir en paz y concordia, sino que además ha contribuido a las iniciativas políticas de amplias miras promovidas por Jordania para construir la paz en todo Oriente Medio.

Queridos amigos, como sabéis, he venido a Jordania sobre todo como peregrino y pastor. Por tanto, las experiencias de estos días que quedarán más firmemente grabadas en mi memoria son mis visitas a los santos lugares y los momentos de oración que hemos celebrado juntos. Una vez más deseo expresar el aprecio de toda la Iglesia por quienes custodian los lugares de peregrinación en esta tierra; y también quiero dar las gracias a las numerosas personas que han contribui-

do a la preparación de las Vísperas del sábado en la catedral de San Jorge y de la misa de ayer en el Estadio internacional. Para mí ha sido verdaderamente una alegría vivir estas celebraciones pascuales con los fieles católicos de diferentes tradiciones, unidos en la comunión de la Iglesia y en su testimonio de Cristo. Los aliento a todos a permanecer fieles a su compromiso bautismal, recordando que Cristo mismo recibió el bautismo de Juan en las aguas del río Jordán.

Al despedirme de vosotros, deseo que sepáis que llevo en mi corazón al reino hachemita y a todos los habitantes de esta región. Rezo para que gocéis de paz y prosperidad, ahora y para las generaciones futuras. Una vez más, muchas gracias. Y que Dios os bendiga a todos.

CEREMONIA DE BIENVENIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Aeropuerto internacional Ben Gurión - Tel Aviv

Lunes 11 de mayo de 2009

Señor presidente;
señor primer ministro;
excelencias;
señoras y señores:

Gracias por vuestra cordial bienvenida al Estado de Israel, tierra considerada santa por millones de creyentes de todo el mundo. Agradezco al presidente, señor Shimon Peres, sus amables palabras y aprecio la oportunidad que se me ofrece de realizar esta peregrinación a una tierra santificada por las huellas de patriarcas y profetas, una tierra que los cristianos veneran de modo especial como lugar de los acontecimientos de la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo. Me inserto en una larga fila de peregrinos cristianos a estos lugares, una fila que se remonta hasta los primeros siglos de la historia cristiana y que, estoy seguro, proseguirá en el futuro. Como muchos otros antes que yo, vengo para orar en los santos lugares, a orar en especial por la paz, paz aquí en Tierra Santa y paz en todo el mundo.

Señor presidente, la Santa Sede y el Estado de Israel comparten muchos valores, ante todo el compromiso de dar a la religión su legítimo lugar en la vida de la sociedad. El justo orden de las relaciones sociales presupone y exige el respeto de la libertad y la dignidad de todo ser humano, que tanto cristianos como musulmanes y judíos creen creado por un Dios amoroso, y destinado a la vida eterna. Cuando se niega o margina la dimensión religiosa de la persona humana, se pone en peligro el fundamento mismo de una correcta comprensión de los derechos humanos inalienables.

Trágicamente, el pueblo judío ha experimentado las terribles consecuencias de ideologías que niegan la dignidad de toda persona humana. Es justo y conveniente que, durante mi permanencia en Israel, yo tenga la oportunidad de honrar la memoria de los seis millones de judíos víctimas del Holocausto, y de orar para que nunca más la humanidad sea testigo de un crimen de tal magnitud. Por desgracia, el antisemitismo sigue levantando su repugnante cabeza en muchas partes del mundo. Esto es totalmente inaceptable. Es preciso hacer todo lo posible para combatir el antisemitismo donde se encuentre, y para promover el respeto y la estima hacia los miembros de todo pueblo, raza, lengua y nación en todo el mundo.

Durante mi permanencia en Jerusalén, tendré también el placer de encontrarme con muchos líderes religiosos distinguidos de este país. Algo que las tres grandes religiones monoteístas tienen en común es una veneración especial por esta ciudad santa. Albergó la ferviente esperanza de que todos los peregrinos que vienen a los santos lugares puedan acceder a ellos libremente y sin restricciones, participar en ceremonias religiosas y promover el mantenimiento digno de los lugares de culto situados en los espacios sagrados. Que se cumplan las palabras de la profecía de Isaías, según el cual muchas naciones afluirán al monte de la casa del Señor, para que él les enseñe sus caminos y estas puedan caminar por sus senderos, senderos de paz y de justicia, senderos que llevan a la reconciliación y a la armonía (cf. Is 2, 2-5).

Aunque el nombre de Jerusalén significa «ciudad de la paz», es del todo evidente que durante décadas la paz ha eludido trágicamente a los habitantes de esta tierra santa. Los ojos del mundo se vuelven hacia los pueblos de esta región, mientras estos luchan por llegar a una solución justa y duradera de los conflictos que han causado tanto sufrimiento. Las esperanzas de innumerables hombres, mujeres y niños de un futuro más seguro y estable dependen del éxito de las negociaciones de paz entre israelíes y palestinos. En unión con todos los hombres de buena voluntad,

suplico a todos los responsables que exploren todos los caminos posibles para buscar una solución justa a las enormes dificultades, a fin de que ambos pueblos puedan vivir en paz en una patria que sea suya, dentro de fronteras seguras e internacionalmente reconocidas. Al respecto, espero y rezo para que pronto se cree un clima de mayor confianza, que permita a las partes realizar progresos reales en el camino hacia la paz y la estabilidad.

A los obispos y a los fieles católicos aquí presentes les dirijo unas palabras especiales de saludo. Llego a esta tierra, donde Pedro recibió la tarea de apacentar a las ovejas del Señor, como Sucesor de Pedro para realizar mi ministerio entre vosotros. Sentiré una alegría especial al unirme a vosotros para concluir las celebraciones del Año de la familia, que tendrán lugar en Nazaret, hogar de la Sagrada Familia de Jesús, María y José. Como dije en mi mensaje para la Jornada mundial de la paz de este año, la familia es «la primera e indispensable maestra de paz» (n. 3), y por tanto está llamada a desempeñar un papel vital para sanar las divisiones presentes en la sociedad humana en todos los niveles. A las comunidades cristianas de Tierra Santa digo: con vuestro testimonio fiel de Aquel que predicó el perdón y la reconciliación, con vuestro compromiso de defender el carácter sagrado de toda vida humana, podéis dar una contribución particular para que acaben las hostilidades que durante tanto tiempo han afligido a esta tierra. Rezo para que vuestra presencia continua en Israel y en los Territorios Palestinos produzca mucho fruto al promover la paz y el respeto recíproco entre todos los pueblos que viven en las tierras de la Biblia.

Señor presidente; señoras y señores, una vez más os agradezco vuestra acogida y os aseguro mis sentimientos de buena voluntad. Que Dios dé fuerza a su pueblo. Que Dios bendiga a su pueblo con la paz.

ENCUENTRO CON LAS ORGANIZACIONES PARA EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Auditorio del Notre Dame of Jerusalem Center - Jerusalén
Lunes 11 de mayo de 2009

Queridos hermanos en el episcopado;
distinguidos líderes religiosos;
queridos amigos:

Para mí es motivo de gran alegría encontrarme con vosotros esta tarde. Deseo agradecer a Su Beatitud el patriarca Fouad Twal las amables palabras de bienvenida que me ha dirigido en nombre de todos los presentes. Correspondo a los afectuosos sentimientos expresados y os saludo cordialmente a todos vosotros y a los miembros de los grupos y organización que representáis.

«El Señor dijo a Abram: «Sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre, y ve a la tierra que yo te mostraré». Marchó, pues, Abram (...), tomando a Sara, su mujer» (cf. Gn 12, 1-5). La irrupción de la llamada de Dios, que marca el inicio de la historia de nuestras tradiciones religiosas, se escuchó en medio de la

vida ordinaria de un hombre. Y la historia que de ahí derivó no se plasmó en el aislamiento, sino a través del encuentro con las culturas egipcia, hitita, sumeria, babilónica, persa y griega.

La fe siempre se vive dentro de una cultura. La historia de la religión nos muestra que una comunidad de creyentes avanza por grados de fidelidad a Dios, tomando de la cultura que encuentra y plasmándola. Esta misma dinámica se realiza en cada uno de los creyentes de las tres grandes tradiciones monoteístas: en sintonía con la voz de Dios, como Abraham, respondemos a su llamada y partimos buscando el cumplimiento de sus promesas, esforzándonos por obedecer su voluntad, trazando un sendero en nuestra cultura particular.

Hoy, alrededor de cuatro mil años después de Abraham, el encuentro de religiones con la cultura no se realiza meramente en un plano geográfico. Algunos aspectos de la globalización, y en particular el mundo de internet, han creado una amplia cultura virtual, cuyo valor es tan variado como sus innumerables manifestaciones. No cabe duda de que es mucho lo que se ha logrado para crear un sentido de cercanía y de unidad dentro de la familia humana universal. Sin embargo, al mismo tiempo, la cantidad ilimitada de portales a través de los cuales las personas tienen fácil acceso a fuentes indiscriminadas de información puede convertirse fácilmente en instrumento de creciente fragmentación: la unidad del conocimiento se fragmenta y a veces no se aplican o se descuidan las complejas habilidades de crítica, discernimiento y discriminación aprendidas de las tradiciones académicas y éticas.

La pregunta que surge entonces espontáneamente es: ¿qué contribución da la religión a las culturas del mundo para contrarrestar los efectos negativos de una globalización tan rápida? Mientras muchos se dedican a señalar las diferencias notorias que existen entre las religiones, nosotros, como creyentes o personas religiosas, tenemos el desafío de proclamar con claridad lo que tenemos en común.

El primer paso de Abraham en la fe, y nuestros pasos hacia —o desde— la sinagoga, la iglesia, la mezquita o el templo, recorren el sendero de nuestra historia humana avanzando —podríamos decir— hacia la Jerusalén eterna (cf. Ap 21, 23). Asimismo, cada cultura, con su capacidad propia de dar y recibir, da expresión a la única naturaleza humana. Sin embargo, lo que es propio del individuo nunca se expresa plenamente a través de su cultura, sino que lo trasciende en la búsqueda constante de algo que está más allá.

Desde esta perspectiva, queridos amigos, vemos la posibilidad de una unidad que no depende de la uniformidad. Aunque las diferencias que analizamos en el diálogo interreligioso a veces pueden parecer barreras, no deben oscurecer el sentido común de temor reverencial y de respeto por lo universal, por lo absoluto y por la verdad, que impulsa a las personas religiosas ante todo a entablar relaciones unas con otras. En efecto, es común la convicción de que estas realidades trascendentes tienen su fuente —y llevan sus huellas— en el Omnipotente, que los creyentes ponen ante los demás, ante nuestras organizaciones, nuestra sociedad y nuestro mundo. De este modo, no sólo enriquecemos la cultura, sino también la modelamos: las vidas de fidelidad religiosa reflejan la irruptora presencia de Dios y así forman una cultura no definida por límites del tiempo o de lugar, sino fundamentalmente plasmada por los principios y las acciones que provienen de la fe.

La fe religiosa presupone la verdad. El que cree busca la verdad y vive según ella. Aunque el medio por el cual comprendemos el descubrimiento y la comunicación de la verdad en parte es diferente de religión a religión, no debemos desalentarnos en nuestros esfuerzos por dar testimonio de la fuerza de la verdad. Juntos podemos proclamar que Dios existe y puede ser conocido, que la tierra es creación suya, que nosotros somos sus criaturas, y que él llama a cada hombre y a cada mujer a un estilo de vida que respete su plan para el mundo.

Amigos, si creemos tener un criterio de juicio y de discernimiento divino en su origen y destinado a toda la humanidad, entonces no podemos cansarnos de procurar que ese conocimiento influya en la vida civil. La verdad debe ser ofrecida a todos; está destinada a todos los miembros de la sociedad. Arroja luz sobre los fundamentos de la moralidad y de la ética, e infunde en la razón la fuerza para superar sus propios límites a fin de dar expresión a nuestras aspiraciones comunes más profundas. Lejos de amenazar la tolerancia de las diferencias o la pluralidad cultural, la verdad posibilita el consenso, hace que el debate público se mantenga razonable, honrado y justificable, y abre el camino a la paz. Promoviendo el deseo de obedecer a la verdad, de hecho ensancha nuestro concepto de razón y su ámbito de aplicación, y hace posible el diálogo genuino de las culturas y las religiones, tan urgentemente necesario hoy.

Cada uno de los que estamos aquí presentes sabe también que hoy la voz de Dios se escucha menos claramente, y que la razón misma se ha hecho sorda a

lo divino en numerosas situaciones. Con todo, ese «vacío» no es un vacío de silencio; es el ruido de pretensiones egoístas, de promesas vacías y de falsas esperanzas, que con tanta frecuencia invaden el espacio mismo en el que Dios nos busca. Entonces ¿podemos crear espacios, oasis de paz y de reflexión profunda, en los que se pueda volver a escuchar la voz de Dios, en los que su verdad se pueda descubrir dentro de la universalidad de la razón, en los que cada individuo, independientemente del lugar donde habita, de su grupo étnico, de su afiliación política o de su fe religiosa, pueda ser respetado como persona, como ser humano, como un semejante?

En una época de acceso inmediato a la información y de tendencias sociales que generan una especie de cultura uniforme, una reflexión profunda que contraste el alejamiento de la presencia de Dios fortalecerá la razón, estimulará el genio creativo, facilitará la valoración crítica de las costumbres culturales y sostendrá el valor universal de la fe religiosa.

Estimados amigos, las instituciones y grupos que representáis están comprometidos en el diálogo interreligioso y en la promoción de iniciativas culturales en una vasta gama de niveles. Desde instituciones académicas —y aquí quiero mencionar en particular las excepcionales conquistas de la Universidad de Belén— hasta grupos de padres con dificultades, desde iniciativas de música y artes hasta el ejemplo valiente de madres y padres ordinarios, desde grupos de diálogo formal hasta organizaciones caritativas, demostráis diariamente vuestra convicción de que nuestro deber ante Dios no sólo se expresa en el culto, sino también en el amor y en la solicitud por la sociedad, por la cultura, por nuestro mundo y por todos los que viven en esta tierra.

Algunos quisieran hacernos creer que nuestras diferencias son necesariamente causa de división y que, por tanto, al máximo habría que tolerarlas. Otros, incluso, sostienen que nuestras voces simplemente deben silenciarse. Pero nosotros sabemos que nuestras diferencias nunca deben presentarse indebidamente como una fuente inevitable de fricción o de tensión sea entre nosotros sea, en un ámbito más amplio, en la sociedad.

Por el contrario, ofrecen a personas de diversas religiones una espléndida oportunidad para convivir en profundo respeto, estima y aprecio, animándose unos a otros por los caminos de Dios. Ojalá que, impulsados por el Omnipotente e iluminados por su verdad, sigáis caminando con valentía, respetan-

do todo lo que nos diferencia y promoviendo todo lo que nos une como criaturas bendecidas con el deseo de llevar esperanza a nuestras comunidades y al mundo.

Que Dios nos guíe por este camino.

ORACIÓN DEL PAPA BENEDETTO XVI EN EL MURO OCCIDENTAL DE JERUSALÉN

Martes 12 de mayo de 2009

Dios de todos los tiempos,
en mi visita a Jerusalén,
la «ciudad de la paz»,
casa espiritual para judíos,
cristianos y musulmanes,
te presento las alegrías,
las esperanzas y las aspiraciones,
las pruebas, los sufrimientos
y las penas de tu pueblo
esparcido por el mundo.

Dios de Abraham,
de Isaac y de Jacob,
escucha el grito de los afligidos,
los atemorizados
y los despojados;
derrama tu paz
sobre esta Tierra Santa,

sobre Oriente Medio,
sobre toda la familia humana;
despierta el corazón
de todos los que invocan
tu nombre,
para caminar humildemente
por la senda de la justicia
y la compasión.

«Bueno es el Señor
con el que en él espera,
con el alma que lo busca»
(Lam 3, 25).

HOMILÍA DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI

Valle de Josafat - Jerusalén
Martes 12 de mayo de 2009

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

«¡Cristo ha resucitado, aleluya!». Con estas palabras os saludo con gran afecto. Agradezco al patriarca Fouad Twal las palabras de bienvenida que me ha dirigido en vuestro nombre, y ante todo expreso mi alegría por poder celebrar esta Eucaristía con vosotros, Iglesia en Jerusalén. Nos hemos reunido aquí, bajo el monte de los Olivos, donde nuestro Señor oró y sufrió, donde lloró por amor a esta ciudad y por el deseo de que conociera «el camino de la paz» (cf. Lc 19, 42), y donde regresó al Padre, dando su última bendición en la tierra a sus discípulos y a nosotros. Acojamos hoy esta bendición. Os la imparte de manera especial a vosotros, queridos hermanos y hermanas, que estáis vinculados, en una línea ininterrumpida, con los primeros discípulos que se encontraron con el Señor resucitado al partir el pan, con los que experimentaron la efusión del Espíritu Santo en el Cenáculo y con los que se convirtieron por la predicación de san Pedro y de los demás Apóstoles. Saludo también a todos los presentes y, en particular, a los fieles de Tierra Santa que por varias razones no han podido estar hoy aquí con nosotros.

Como Sucesor de san Pedro, he seguido sus huellas para proclamar al Señor resucitado entre vosotros, confirmaros en la fe de vuestros padres e invocar sobre vosotros el consuelo que es don del Paráclito. Al estar ante vosotros hoy, deseo reconocer las dificultades, la frustración, el dolor y el sufrimiento que tantos de vosotros han soportado como consecuencia de los conflictos que han afligido a estas tierras, así como las amargas experiencias de desplazamiento que muchas de vuestras familias han conocido y —Dios no lo permita— pueden conocer aún.

Espero que mi presencia aquí sea un signo de que no os olvidamos, de que vuestra perseverante presencia y testimonio son preciosos a los ojos de Dios y constituyen un elemento para el futuro de estas tierras. Precisamente a causa de vuestras profundas raíces en estos lugares, de vuestra antigua y fuerte cultura cristiana y de vuestra inquebrantable confianza en las promesas de Dios, vosotros, los cristianos de Tierra Santa, no sólo estáis llamados a ser un faro de fe para la Iglesia universal, sino también levadura de armonía, sabiduría y equilibrio en la vida de una sociedad que tradicionalmente ha sido, y sigue siendo, pluralista, multiétnica y multirreligiosa.

En la segunda lectura de hoy, el apóstol san Pablo dice a los Colosenses: «Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios» (Col 3, 1). Estas palabras resuenan con particular fuerza aquí, bajo el huerto de Getsemaní, donde Jesús aceptó el cáliz del sufrimiento en total obediencia a la voluntad del Padre, y donde, según la tradición, ascendió a la derecha del Padre para interceder continuamente por nosotros, miembros de su Cuerpo. San Pablo, el gran heraldo de la esperanza cristiana, experimentó el precio de esta esperanza, su costo en sufrimiento y persecución por el Evangelio, y nunca vaciló en su convicción de que la resurrección de Cristo era el inicio de una nueva creación. Como él nos dice: «Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con él» (Col 3, 4).

La exhortación de san Pablo de «buscar las cosas de arriba» debe resonar constantemente en nuestro corazón. Sus palabras nos indican el cumplimiento de la visión de fe en esa Jerusalén celeste donde, de acuerdo con las antiguas profecías, Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros y preparará un banquete de salvación para todos los pueblos (cf. Is 25, 6-8; Ap 21, 2-4).

Esta es la esperanza, esta es la visión que nos lleva a todos los que amamos esta Jerusalén terrestre a verla como una profecía y una promesa de la reconcilia-

ción y la paz universal que Dios desea para toda la familia humana. Tristemente, el hecho de estar bajo los muros de esta ciudad nos lleva a considerar cuán lejos está nuestro mundo del pleno cumplimiento de aquella profecía y promesa. En esta ciudad santa, donde la vida venció a la muerte, donde el Espíritu se derramó como primer fruto de la nueva creación, la esperanza sigue luchando contra la desesperación, la frustración y el cinismo, mientras la paz, que es don y llamamiento de Dios, sigue amenazada por el egoísmo, el conflicto, la división y el peso de las ofensas del pasado.

Por esta razón, la comunidad cristiana en esta ciudad que fue testigo de la resurrección de Cristo y de la efusión del Espíritu debe hacer todo lo posible por conservar la esperanza donada por el Evangelio, teniendo en gran aprecio la prenda de la victoria definitiva de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte, testimoniando la fuerza del perdón y manifestando la naturaleza más profunda de la Iglesia como signo y sacramento de una humanidad reconciliada, renovada y unificada en Cristo, el nuevo Adán.

Reunidos bajo los muros de esta ciudad sagrada para los seguidores de tres grandes religiones, ¿cómo no dirigir nuestro pensamiento a la vocación universal de Jerusalén? Esta vocación, anunciada por los profetas, también aparece como un hecho indiscutible, una realidad irrevocable, fundada en la historia compleja de esta ciudad y de su pueblo. Judíos, musulmanes y cristianos consideran esta ciudad como su casa espiritual. ¡Cuánto hay que hacer todavía para convertirla verdaderamente en una «ciudad de paz» para todos los pueblos, donde todos puedan venir en peregrinación buscando a Dios y escuchar su voz, «una voz que habla de paz»! (cf. Sal 85, 8).

De hecho, Jerusalén ha sido siempre una ciudad en cuyas calles se hablan diversos idiomas, cuyas piedras son pisadas por gente de toda raza y lengua, cuyos muros son símbolo del cuidado providente de Dios para toda la familia humana. Como un microcosmos de nuestro mundo globalizado, esta ciudad, para vivir su vocación universal, debe ser un lugar que enseñe universalidad, respeto a los demás, diálogo y comprensión mutua; un lugar donde el prejuicio, la ignorancia y el miedo que los alimenta, sean superados por la honradez, la integridad y la búsqueda de la paz. Entre estos muros no debería haber lugar para la mezquindad, la discriminación, la violencia y la injusticia. Los creyentes en un Dios de misericordia —sea que se declaren judíos, cristianos o musulmanes— deben ser los primeros en promover esta cultura de reconciliación y paz, por más lento que sea el proceso y por más agobiante que sea el peso de los recuerdos del pasado.

Aquí quiero referirme directamente a la trágica realidad —que nunca puede dejar de ser fuente de preocupación para todos aquellos que aman esta ciudad y esta tierra— de la partida de numerosos miembros de la comunidad cristiana en los últimos años. Aunque hay razones comprensibles que llevan a muchos, especialmente jóvenes, a emigrar, esta decisión trae consigo como consecuencia un gran empobrecimiento cultural y espiritual de la ciudad. Deseo repetir hoy lo que he dicho en otras ocasiones: en Tierra Santa hay lugar para todos. Mientras exhorto a las autoridades a respetar, sostener y valorar la presencia cristiana aquí, al mismo tiempo quiero aseguraros la solidaridad, el amor y el apoyo de toda la Iglesia y de la Santa Sede.

Queridos amigos, el Evangelio que acabamos de escuchar nos dice que san Pedro y san Juan corrieron a la tumba vacía, y que san Juan «vio y creyó» (Jn 20, 8). Aquí, en Tierra Santa, con los ojos de la fe, vosotros, junto con los peregrinos de todo el mundo que llenan sus iglesias y santuarios, gozáis de la bendición de «ver» los lugares santificados por la presencia de Cristo, por su ministerio terreno, por su pasión, muerte y resurrección, y por el don de su Espíritu Santo. Aquí, como el apóstol santo Tomás, tenéis la oportunidad de «tocar» las realidades históricas que se encuentran en el fundamento de nuestra confesión de fe en el Hijo de Dios. La intención de mi oración por vosotros hoy es que sigáis, día a día, «viendo y creyendo» en los signos de la providencia de Dios y en su infinita misericordia, «escuchando» con renovada fe y esperanza las consoladoras palabras de la predicación apostólica, «tocando» los manantiales de la gracia en los sacramentos, y encarnando para los demás la prenda de nuevos inicios, la libertad nacida del perdón, la luz interior y la paz que pueden traer salvación y esperanza incluso en las realidades humanas más oscuras.

En la iglesia del Santo Sepulcro, los peregrinos de todos los siglos han venerado la piedra que, según la tradición, estaba ante la entrada de la tumba en la mañana de la resurrección de Cristo. Volvamos frecuentemente a esa tumba vacía. Reafirmemos allí nuestra fe en la victoria de la vida, y oremos para que toda «piedra pesada», colocada en la puerta de nuestro corazón, bloqueando así nuestra completa sumisión al Señor en la fe, la esperanza y el amor, quede desplazada por la fuerza de la luz y de la vida que en aquella mañana de Pascua resplandeció desde Jerusalén para todo el mundo. ¡Cristo ha resucitado, aleluya! ¡Ha resucitado verdaderamente, aleluya!

CEREMONIA DE BIENVENIDA EN LOS TERRITORIOS PALESTINOS

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Plaza del Palacio Presidencial - Belén
Miércoles 13 de mayo de 2009

Señor presidente;
queridos amigos:

Os saludo a todos de corazón y agradezco vivamente al señor presidente, Mahmoud Abbas, sus palabras de bienvenida. Mi peregrinación a la tierra de la Biblia no sería completa sin una visita a Belén, la ciudad de David y lugar del nacimiento de Jesucristo. No podría haber venido a Tierra Santa sin aceptar la cordial invitación del presidente Abbas a visitar estos Territorios y saludar al pueblo palestino. Conozco lo mucho que habéis sufrido y seguís sufriendo a causa de las agitaciones que han afligido a esta tierra durante décadas.

Mi corazón está con las familias que se han quedado sin hogar. Esta tarde, visitaré el campo de refugiados de Aida, para expresar mi solidaridad con la gente que ha perdido tanto. A aquellos de vosotros que lloráis la pérdida de familiares y

seres queridos en las hostilidades, particularmente en el reciente conflicto de Gaza, os aseguro mi más profunda compasión y mi recuerdo frecuente en la oración. De hecho, os tengo presentes a todos en mis oraciones diarias y pido ardientemente al Todopoderoso por la paz, una paz justa y duradera, en los Territorios palestinos y en toda la región.

Señor presidente, la Santa Sede apoya el derecho de su pueblo a una patria palestina soberana en la tierra de vuestros antepasados, segura y en paz con sus vecinos, dentro de unas fronteras reconocidas internacionalmente. Aunque en la actualidad ese objetivo parece lejos de realizarse, le insto a usted y a todo su pueblo a mantener viva la llama de la esperanza, esperanza en que pueda descubrirse un camino de encuentro entre las legítimas aspiraciones, tanto de los israelíes como de los palestinos, a la paz y la estabilidad. Como dijo el Papa Juan Pablo II, no puede haber «paz sin justicia ni justicia sin perdón» (Mensaje para la Jornada mundial de la paz de 2002). Imploro a todas las partes implicadas en este largo conflicto que aparten todo rencor y división que puedan quedar todavía en el camino de la reconciliación, para llegar a todos por igual con generosidad y compasión, y sin discriminación.

Una convivencia justa y pacífica entre las poblaciones de Oriente Medio sólo puede lograrse con espíritu de cooperación y respeto mutuo, en el que se reconozcan y respeten los derechos y la dignidad de todos. Os pido a todos vosotros y pido a vuestros líderes que asuman un compromiso renovado de trabajar por estos objetivos. En particular, pido a la comunidad internacional que utilice su influencia a favor de una solución. Creo y confío en que, a través de un diálogo honrado y perseverante, respetando plenamente las exigencias de la justicia, se podrá conseguir de verdad una paz duradera en estas tierras.

Espero ardientemente que los graves problemas que afectan a la seguridad en Israel y en los Territorios palestinos se suavicen pronto lo suficiente como para permitir una mayor libertad de movimiento, especialmente por lo que se refiere a los contactos entre familiares y al acceso a los santos lugares. Los palestinos, como cualquier otro pueblo, tienen un derecho natural a casarse, a formar una familia y a acceder al trabajo, a la educación y a la asistencia médica. Rezo también para que, con la ayuda de la comunidad internacional, el trabajo de reconstrucción pueda realizarse rápidamente donde casas, escuelas u hospitales han quedado dañados o destruidos, especialmente durante el reciente conflicto de Gaza. Esto es esencial para que la población de esta tierra pueda vivir en condiciones que favorezcan la

paz duradera y la prosperidad. Una infraestructura estable ofrecerá a vuestros jóvenes mejores oportunidades para adquirir valiosas especializaciones y obtener empleos remunerados, capacitándolos para dar su aportación en la construcción de la vida de vuestras comunidades.

A los numerosos jóvenes presentes hoy en los Territorios palestinos hago este llamamiento: no permitáis que la pérdida de vidas humanas y la destrucción de las que habéis sido testigos despierten resentimiento o amargura en vuestro corazón. Tened la valentía de resistir a cualquier tentación que sintáis de recurrir a actos de violencia o terrorismo. Por el contrario, que lo que habéis experimentado renueve vuestra determinación de construir la paz. Llenaos del profundo deseo de dar una contribución duradera al futuro de Palestina, para que pueda ocupar el lugar que le corresponde en el escenario mundial. Que os impulsen los sentimientos de compasión hacia todos los que sufren, el celo por la reconciliación, y una firme confianza en la posibilidad de un futuro más luminoso.

Señor presidente; queridos amigos reunidos aquí en Belén, invoco sobre todo el pueblo palestino la bendición y la protección de nuestro Padre celestial, y rezo fervientemente para que se haga realidad el canto que los ángeles cantaron en este lugar: «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

Muchas gracias. Y que Dios esté con vosotros.

SANTAMISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Plaza del Pesebre - Belén
Miércoles 13 de mayo de 2009

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Doy gracias a Dios omnipotente por haberme concedido la gracia de venir a Belén, no sólo para venerar el lugar donde nació Cristo, sino también para estar con vosotros, hermanos y hermanas en la fe, en estos Territorios palestinos. Agradezco al patriarca Fouad Twal los sentimientos que ha expresado en vuestro nombre, y saludo con afecto a los hermanos obispos y a todos los sacerdotes, religiosos y fieles laicos que se esfuerzan cada día por confirmar a esta Iglesia local en la fe, en la esperanza y en el amor. Saludo con afecto en especial a los peregrinos provenientes de la martirizada Gaza: os pido que llevéis a vuestras familias y comunidades mi afectuoso abrazo, mis condolencias por las pérdidas, las adversidades y los sufrimientos que han tenido que soportar. Os aseguro mi solidaridad en la inmensa obra de reconstrucción que ahora tenéis que afrontar, y mis oraciones para que se levante pronto el embargo.

«No temáis, pues os anuncio una gran alegría. (...) Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador» (Lc 2, 10-11). El mensaje de la venida de Cristo,

que llegó del cielo mediante el anuncio de los ángeles, sigue resonando en esta ciudad, así como en las familias, en los hogares y en las comunidades de todo el mundo. Es una «gran alegría», dijeron los ángeles, «para todo el pueblo». Este mensaje proclama que el Mesías, el Hijo de Dios e hijo de David nació «por vosotros»: por ti y por mí, y por todos los hombres y mujeres de todo tiempo y lugar. En el plan de Dios, Belén, «el menor entre los clanes de Judá» (Mi 5, 1) se convirtió en un lugar de gloria imperecedera: el lugar donde, en la plenitud de los tiempos, Dios eligió hacerse hombre, para acabar con el largo reinado del pecado y de la muerte, y para traer vida nueva y abundante a un mundo ya viejo, cansado y oprimido por la desesperación.

Para los hombres y mujeres de todo lugar, Belén está asociada a este alegre mensaje de renacimiento, renovación, luz y libertad. Y, sin embargo, aquí, en medio de nosotros, ¡qué lejos de hacerse realidad parece esa magnífica promesa! ¡Qué distante parece el Reino de amplio dominio y paz, de seguridad, justicia e integridad, que el profeta Isaías anunció, como hemos escuchado en la primera lectura (cf. Is 9, 7) y que proclamamos como definitivamente establecido con la venida de Jesucristo, Mesías y Rey!

Desde el día de su nacimiento, Jesús fue «un signo de contradicción» (Lc 2, 34) y lo sigue siendo también hoy. El Señor de los ejércitos, cuyos «orígenes son antiguos, desde tiempos remotos» (Mi 5, 1), quiso inaugurar su Reino naciendo en esta pequeña ciudad, entrando a nuestro mundo en el silencio y la humildad de una cueva, y yaciendo en un pesebre, como un niño necesitado de todo. Aquí en Belén, en medio de todo tipo de contradicciones, las piedras siguen gritando esta «buena nueva», el mensaje de redención que esta ciudad, por encima de todas las demás, está llamada a proclamar al mundo. Porque aquí, de una manera que supera todas las esperanzas y expectativas humanas, Dios se mostró fiel a sus promesas. En el nacimiento de su Hijo, reveló la venida de un Reino de amor: un amor divino que se abaja para sanarnos y levantarnos; un amor que se revela en la humillación y la debilidad de la cruz, pero que triunfa en la gloriosa resurrección a una nueva vida.

Cristo trajo un Reino que no es de este mundo, pero que es capaz de cambiar este mundo, pues tiene el poder de cambiar los corazones, de iluminar las mentes y de fortalecer las voluntades. Al tomar nuestra carne, con todas sus debilidades, y al transfigurarla con el poder de su Espíritu, Jesús nos llamó a ser testigos de su victoria sobre el pecado y la muerte. El mensaje de Belén nos llama a ser testigos del triunfo del amor de Dios sobre el odio, el egoísmo, el miedo

y el rencor que paralizan las relaciones humanas y crean divisiones donde los hermanos deberían convivir en unidad, destrucción donde los hombres deberían construir, desesperación donde la esperanza debería florecer.

«En la esperanza hemos sido salvados», dice el apóstol san Pablo (Rm 8, 24). Sin embargo, afirma con gran realismo que la creación sigue gimiendo con dolores de parto, aunque nosotros, que hemos recibido las primicias del Espíritu, esperamos pacientemente el cumplimiento de nuestra redención (cf. Rm 8, 22-24). En la segunda lectura de hoy, san Pablo saca una lección de la Encarnación que es particularmente aplicable a los sufrimientos que vosotros, a quienes Dios escogió para vivir en Belén, estáis experimentando: «Se ha manifestado la gracia de Dios», nos dice, «que nos enseña a que, renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos con sensatez, justicia y piedad en el tiempo presente», mientras aguardamos nuestra bendita esperanza, el Salvador Jesucristo (Tt 2, 11-13).

¿No son estas las virtudes que se exigen a hombres y mujeres que viven en la esperanza? En primer lugar, la conversión constante a Cristo, que no sólo se refleja en nuestras acciones sino también en nuestro modo de razonar: la valentía para abandonar maneras de pensamiento, de acción y de reacción, infructuosas y estériles. Luego, el cultivo de una mentalidad de paz basada en la justicia, en el respeto de los derechos y los deberes de todos, y el compromiso de colaborar para el bien común. Y también la perseverancia, perseverancia en el bien y en el rechazo del mal. Aquí en Belén, a los discípulos de Cristo se les pide una perseverancia especial: perseverancia para testimoniar fielmente la gloria de Dios revelada aquí al nacer su Hijo, la buena nueva de su paz que descendió desde el cielo para morar en la tierra.

«No temáis». Este es el mensaje que el Sucesor de san Pedro quiere dejaros hoy, haciéndose eco del mensaje de los ángeles y de la consigna que el amado Papa Juan Pablo II os dejó el año del gran jubileo del nacimiento de Cristo. Contad con las oraciones y la solidaridad de vuestros hermanos y hermanas de la Iglesia universal, y trabajad con iniciativas concretas para consolidar vuestra presencia y ofrecer nuevas posibilidades a cuantos tienen la tentación de marcharse. Sed un puente de diálogo y colaboración constructiva en la edificación de una cultura de paz que supere la actual situación estancada de miedo, agresión y frustración. Edificad vuestras Iglesias locales haciendo de ellas laboratorios de diálogo, tolerancia y esperanza, así como de solidaridad y de caridad práctica.

Ante todo, sed testigos del poder de la vida, la vida nueva que nos ha dado Cristo resucitado, la vida que puede iluminar y transformar incluso las situaciones humanas más oscuras y desesperadas. Vuestra tierra no sólo necesita nuevas estructuras económicas y comunitarias; lo más importante, podríamos decir, es una nueva infraestructura «espiritual», capaz de galvanizar las energías de todos los hombres y mujeres de buena voluntad al servicio de la educación, del desarrollo y de la promoción del bien común. Vosotros tenéis los recursos humanos para construir la cultura de la paz y del respeto recíproco que garantizarán un futuro mejor para vuestros hijos. Esta es la noble empresa que os espera. ¡No tengáis miedo!

La antigua basílica de la Natividad, que ha experimentado los vientos de la historia y el peso de los siglos, se alza ante nosotros como testigo de la fe que permanece y triunfa sobre el mundo (cf. 1 Jn 5, 4). Ningún visitante de Belén puede dejar de notar que en el curso de los siglos la gran puerta que introduce en la casa de Dios se ha hecho cada vez más pequeña. Recemos hoy para que, por la gracia de Dios y nuestro compromiso, la puerta que introduce en el misterio del Dios que habita entre los hombres, el templo de nuestra comunión en su amor, y la anticipación de un mundo de paz y alegría perennes, se abra cada vez más ampliamente para acoger a todo corazón humano, renovarlo y transformarlo. De este modo, en Belén seguirá resonando el mensaje confiado a los pastores, a nosotros y a toda la humanidad: «¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres que ama el Señor!». Amén.

CEREMONIA DE DESPEDIDA DE LOS TERRITORIOS PALESTINOS

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Patio del Palacio Presidencial - Belén
Miércoles 13 de mayo de 2009

Señor presidente;
queridos amigos:

Os agradezco la gran cordialidad que me habéis mostrado en este día que he pasado en vuestra compañía aquí en los Territorios palestinos. Doy las gracias al presidente, señor Mahmoud Abbas, por su hospitalidad y sus amables palabras. Me conmovió profundamente escuchar los testimonios de los residentes que nos han hablado de las condiciones de vida aquí en la zona oeste y en Gaza. Os aseguro a todos que os llevo en mi corazón y anhelo ver la paz y la reconciliación en estas tierras atormentadas.

Ha sido realmente un día muy memorable. Desde que llegué a Belén esta mañana, tuve la alegría de celebrar la misa con una gran multitud de fieles en el lugar donde nació Jesucristo, luz de las naciones y esperanza del mundo. Constaté la

solicitud con que se atiende a los niños de hoy en el Hospital infantil de Cáritas. Con angustia vi la situación de los refugiados que, como la Sagrada Familia, se han visto obligados a abandonar sus hogares. Y vi el muro que, bordeando el campo y ocultando gran parte de Belén, se introduce en vuestros territorios, separando a los vecinos y dividiendo a las familias.

Los muros se pueden construir fácilmente; pero todos sabemos que no duran para siempre. Pueden ser derribados. Sin embargo, ante todo es necesario remover los muros que construimos en torno a nuestro corazón, las barreras que levantamos contra nuestro prójimo. Precisamente por eso, en mis palabras conclusivas, quiero hacer un nuevo llamamiento a la apertura y a la generosidad de espíritu, para que se ponga fin a la intolerancia y a la exclusión. Por más intratable y profundamente arraigado que pueda parecer un conflicto, siempre hay motivos para esperar que pueda resolverse, que al final den fruto los esfuerzos pacientes y perseverantes de los que trabajan por la paz y la reconciliación. Mi vivo deseo para vosotros, pueblo de Palestina, es que eso suceda pronto, y que finalmente podáis gozar de la paz, la libertad y la estabilidad que os ha faltado durante tanto tiempo.

Os aseguro que seguiré aprovechando toda oportunidad para exhortar a los que están implicados en las negociaciones de paz a buscar una solución justa que respete las legítimas aspiraciones de israelíes y palestinos. Como paso importante en esta dirección, la Santa Sede desea establecer pronto, en unión con la Autoridad palestina, la Comisión bilateral de trabajo permanente, que se programó en el Acuerdo de base, firmado en el Vaticano el 15 de febrero de 2000 (cf. Acuerdo de base entre la Santa Sede y la Organización para la liberación de Palestina, art. 9).

Señor presidente; queridos amigos, una vez más os doy las gracias y os encomiendo a todos a la protección del Todopoderoso. Que Dios ponga su mirada de amor sobre cada uno de vosotros, sobre vuestras familias y sobre todos vuestros seres queridos; y que bendiga al pueblo palestino con la paz.

SANTAMISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Monte del Precipicio - Nazaret
Jueves 14 de mayo de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

«Que la paz de Cristo resucitado reine en vuestro corazón, pues a ella habéis sido llamados como miembros de un solo Cuerpo» (Col 3, 15). Con estas palabras del apóstol san Pablo os saludo a todos con afecto en el Señor. Me alegro de haber venido a Nazaret, lugar bendecido por el misterio de la Anunciación, el lugar que fue testigo de los años ocultos del crecimiento de Cristo en sabiduría, edad y gracia (cf. Lc 2, 52). Agradezco al arzobispo Elias Chacour sus amables palabras de bienvenida, y abrazo con el signo de la paz a mis hermanos obispos, a los sacerdotes, a los religiosos y a todos los fieles de Galilea, que en la diversidad de sus ritos y tradiciones, expresan la universalidad de la Iglesia de Cristo. Deseo dar las gracias en especial a cuantos han hecho posible esta celebración, particularmente a quienes han participado en la planificación y construcción de este nuevo escenario con su espléndido panorama de la ciudad.

Aquí en la ciudad donde vivieron Jesús, María y José, nos hemos reunido para la conclusión del Año de la familia celebrado por la Iglesia en Tierra Santa. Como signo de esperanza para el futuro, bendeciré la primera piedra de un Centro internacional para la familia, que se construirá en Nazaret. Oremos para que este Centro promueva una sólida vida familiar en esta región, ofrezca apoyo y asistencia a las familias en cualquier lugar, y las anime en su insustituible misión en la sociedad.

Espero que esta etapa de mi peregrinación atraiga la atención de toda la Iglesia hacia esta ciudad de Nazaret. Como dijo aquí el Papa Pablo vi, todos necesitamos volver a Nazaret para contemplar de nuevo el silencio y el amor de la Sagrada Familia, modelo de toda vida familiar cristiana. Aquí, a ejemplo de María, José y Jesús, podemos apreciar aún más plenamente el carácter sagrado de la familia que, en el plan de Dios, se basa en la fidelidad de un hombre y una mujer, para toda la vida, consagrada por la alianza conyugal y abierta al don divino de nuevas vidas. ¡Cuánta necesidad tienen los hombres y mujeres de nuestro tiempo de volver a apropiarse de esta verdad fundamental, que constituye la base de la sociedad! y ¡cuán importante es el testimonio de los matrimonios para la formación de conciencias maduras y la construcción de la civilización del amor!

En la primera lectura de hoy, tomada del libro del Sirácida (Si 3, 3-7.14-17), la Palabra de Dios presenta a la familia como la primera escuela de sabiduría, una escuela que educa a sus miembros en la práctica de las virtudes que llevan a una felicidad auténtica y duradera. En el plan de Dios para la familia, el amor de los cónyuges produce el fruto de nuevas vidas, y se manifiesta cada día en los esfuerzos amorosos de los padres para impartir a sus hijos una formación integral, humana y espiritual. En la familia a cada persona —tanto al niño más pequeño como al familiar más anciano— se la valora por sí misma, y no se la ve meramente como un medio para otros fines. Aquí empezamos a vislumbrar algo del papel esencial de la familia como primera piedra de la construcción de una sociedad bien ordenada y acogedora. Además logramos apreciar, dentro de la sociedad en general, el deber del Estado de apoyar a las familias en su misión educadora, de proteger la institución de la familia y sus derechos naturales, y de asegurar que todas las familias puedan vivir y florecer en condiciones de dignidad.

El apóstol san Pablo, escribiendo a los Colosenses, habla intuitivamente de la familia cuando quiere ilustrar las virtudes que edifican «el único cuerpo», que es la Iglesia. Como «elegidos de Dios, santos y amados», estamos llamados a vivir en armonía y en paz los unos con los otros, mostrando sobre todo magnanimidad y

perdón, con el amor como el vínculo mayor de perfección (cf. Col 3, 12-14). Como en la alianza conyugal el amor del hombre y de la mujer es elevado por la gracia hasta convertirse en participación y expresión del amor de Cristo y de la Iglesia (cf. Ef 5, 32), así también la familia, fundada en el amor, está llamada a ser una «iglesia doméstica», un lugar de fe, de oración y de solicitud amorosa por el bien verdadero y duradero de cada uno de sus miembros.

Al reflexionar sobre estas realidades aquí, en la ciudad de la Anunciación, nuestro pensamiento se dirige naturalmente a María, «llena de gracia», la Madre de la Sagrada Familia y nuestra Madre. Nazaret nos recuerda el deber de reconocer y respetar la dignidad y la misión otorgadas por Dios a las mujeres, como también sus carismas y talentos particulares. Sea como madres de familia, como presencia vital en las fuerzas laborales y en las instituciones de la sociedad, o en la vocación especial a seguir al Señor mediante los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, las mujeres desempeñan un papel indispensable en la creación de la «ecología humana» (cf. Centesimus annus, 39) de la que nuestro mundo y también esta tierra tienen necesidad urgente: un ambiente en el que los niños aprendan a amar y querer a los demás, a ser honrados y respetuosos con todos, a practicar las virtudes de la misericordia y el perdón.

Aquí pensamos también en san José, el hombre justo que Dios quiso poner al frente de su casa. Del ejemplo fuerte y paterno de san José Jesús aprendió las virtudes de la piedad varonil, la fidelidad a la palabra dada, la integridad y el trabajo duro. En el carpintero de Nazaret vio cómo la autoridad puesta al servicio del amor es infinitamente más fecunda que el poder que busca dominar. ¡Cuánta necesidad tiene nuestro mundo del ejemplo, de la guía y de la fuerza serena de hombres como san José!

Por último, al contemplar a la Sagrada Familia de Nazaret, dirigimos ahora la mirada al niño Jesús, que en el hogar de María y de José creció en sabiduría y conocimiento, hasta el día en que comenzó su ministerio público. Aquí quiero compartir un pensamiento particular con los jóvenes presentes. El concilio Vaticano II enseña que los niños desempeñan un papel especial para hacer crecer a sus padres en la santidad (cf. *Gaudium et spes*, 48). Os pido que reflexionéis en esto y dejéis que el ejemplo de Jesús os guíe, no sólo para respetar a vuestros padres, sino también para ayudarles a descubrir más plenamente el amor, que da a nuestra vida su sentido más profundo. En la Sagrada Familia de Nazaret Jesús enseñó a María y a José algo de la grandeza del amor de Dios, su Padre celestial, fuente última de

todo amor, el Padre de quien toma su nombre toda familia en el cielo y en la tierra (cf. Ef 3, 14-15).

Queridos amigos, en la oración Colecta de la misa de hoy hemos pedido al Padre que «nos ayude a vivir como la Sagrada Familia, unidos en el respeto y en el amor». Renovemos aquí nuestro compromiso de ser levadura de respeto y de amor en el mundo que nos rodea. Este Monte del Precipicio nos recuerda, como lo ha hecho a generaciones de peregrinos, que el mensaje del Señor fue en ocasiones fuente de contradicción y de conflicto con los mismos que lo escuchaban. Por desgracia, como sabe el mundo, Nazaret en los últimos años ha experimentado tensiones que han dañado las relaciones entre las comunidades cristiana y musulmana. Invito a las personas de buena voluntad de ambas comunidades a reparar el daño causado, y en fidelidad a nuestra fe común en un único Dios, Padre de la familia humana, a trabajar para construir puentes y encontrar formas de convivencia pacífica. Que cada uno rechace el poder destructor del odio y del prejuicio, que mata las almas antes que los cuerpos.

Permitidme concluir con unas palabras de gratitud y alabanza a cuantos se esfuerzan por llevar el amor de Dios a los niños de esta ciudad y por educar a las nuevas generaciones en los caminos de la paz. Pienso de manera especial en los esfuerzos de las Iglesias locales, particularmente en sus escuelas y sus instituciones caritativas, para derribar los muros y para ser terreno fértil de encuentro, diálogo, reconciliación y solidaridad. Aliento a los sacerdotes, a los religiosos, a los catequistas y a los profesores a que se comprometan, junto con los padres y cuantos se interesan por el bien de los niños, a perseverar dando testimonio del Evangelio, a tener confianza en el triunfo del bien y de la verdad, y a confiar en que Dios hará crecer toda iniciativa destinada a difundir su reino de santidad, solidaridad, justicia y paz. Al mismo tiempo reconozco con gratitud la solidaridad que muchos hermanos y hermanas nuestros en todo el mundo muestran a los fieles de Tierra Santa apoyando los loables programas y actividades de la Catholic Near East Welfare Association.

«Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). Que la Virgen de la Anunciación, que con valentía abrió su corazón al plan misterioso de Dios, y se convirtió en Madre de todos los creyentes, nos guíe y sostenga con sus oraciones. Que ella obtenga para nosotros y nuestras familias la gracia de abrir los oídos a la Palabra del Señor, que tiene el poder de construirnos (cf. Hch 20, 32), que nos inspire decisiones valientes, y que guíe nuestros pasos por el camino de la paz.

ENCUENTRO ECUMÉNICO

DISCURSO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI

Sala del Trono de la Sede del Patriarcado Greco-Ortodoxo,
Jerusalén
Viernes 15 de mayo de 2009

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Con profunda gratitud y alegría realizo esta visita al Patriarcado greco-ortodoxo de Jerusalén, un momento que anhelaba desde hace mucho tiempo. Agradezco a Su Beatitud el Patriarca Teófilo iii sus amables palabras de saludo fraterno, a las que correspondo con afecto. Os expreso a todos mi viva gratitud por haberme brindado esta oportunidad de encontrarme una vez más con los numerosos líderes de Iglesias y comunidades eclesiales presentes.

Esta mañana mi pensamiento va a los históricos encuentros que tuvieron lugar aquí, en Jerusalén, entre mi predecesor el Papa Pablo VI y el Patriarca ecuménico Atenágoras I, y entre el Papa Juan Pablo II y Su Beatitud el Patriarca Diodoros. Estos encuentros, incluyendo esta visita mía, son de gran significado simbólico. Recuerdan que la luz de Oriente (cf. Is 60, 1; Ap 21, 10) ha iluminado el mundo entero desde el momento mismo en que un «sol que surge» vino a visitarnos

(Lc 1, 78) y nos recuerdan también que desde aquí el Evangelio se predicó a todas las naciones.

Estando en este santo lugar, al lado de la Iglesia del Santo Sepulcro, que es el sitio donde nuestro Señor crucificado resucitó de entre los muertos por la humanidad entera, y cerca del Cenáculo, donde el día de Pentecostés «se encontraban todos juntos en el mismo lugar» (Hch 2, 1), ¿cómo no sentirnos impulsados a poner toda nuestra buena voluntad, nuestra sana doctrina y nuestro deseo espiritual en nuestro compromiso ecuménico? Elevo mi oración para que este encuentro dé nuevo impulso a los trabajos de la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico entre la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas, añadiéndose a los recientes frutos de documentos de estudio y otras iniciativas conjuntas.

Una alegría particular para nuestras Iglesias fue la participación del Patriarca ecuménico de Constantinopla, Su Santidad Bartolomé I, en el reciente Sínodo de los obispos en Roma dedicado al tema: «La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia». La cordial acogida que recibió y su conmovedora intervención fueron expresiones sinceras de la profunda alegría espiritual que brota de la constatación de la amplitud con que la comunión está ya presente entre nuestras Iglesias. Esa experiencia ecuménica testimonia claramente el vínculo entre la unidad de la Iglesia y su misión.

Al extender sus brazos en la cruz, Jesús reveló la plenitud de su deseo de atraer a todos a sí, reuniéndolos en uno (cf. Jn 12, 32). Derramando su Espíritu sobre nosotros, reveló su poder de capacitarnos para participar en su misión de reconciliación (cf. Jn 19, 30; 20, 22-23). En ese soplo, mediante la redención que une, está nuestra misión. Por eso, no debe sorprender que sea precisamente en nuestro ardiente deseo de llevar a Cristo a los demás, de dar a conocer su mensaje de reconciliación (cf. 2 Co 5, 19), como experimentamos la vergüenza de nuestra división. Sin embargo, enviados al mundo (cf. Jn 20, 21), robustecidos con la fuerza unificadora del Espíritu Santo (cf. Jn 20, 22), anunciando la reconciliación que lleva a todos a creer que Jesús es el Hijo de Dios (cf. Jn 20, 31), debemos encontrar la fuerza para redoblar nuestros esfuerzos a fin de perfeccionar nuestra comunión, hacerla completa, y dar un testimonio común del amor del Padre, que envía a su Hijo para que el mundo conozca el amor que nos tiene (cf. Jn 17, 23).

Hace cerca de dos mil años, por estos mismos caminos, un grupo de griegos pidió a Felipe: «Señor, queremos ver a Jesús» (Jn 12, 21). Es una petición que

se nos hace a nosotros hoy de nuevo, aquí en Jerusalén, en Tierra Santa, en esta región y en todo el mundo. ¿Cómo debemos responder? ¿Nuestra respuesta es escuchada? San Pablo nos advierte de la importancia de nuestra respuesta, de nuestra misión de enseñar y predicar. Dice: «La fe viene de la predicación, y la predicación, por la Palabra de Cristo» (Rm 10, 17). Por eso, es urgente que los líderes cristianos y sus comunidades den un fuerte testimonio de lo que proclama nuestra fe: la Palabra eterna, que entró en el espacio y en el tiempo en esta tierra, Jesús de Nazaret, que caminó por estos caminos, llama mediante sus palabras y sus actos a personas de toda edad a su vida de verdad y de amor.

Queridos amigos, a la vez que os aliento a proclamar con alegría al Señor resucitado, deseo reconocer la labor que han realizado con este fin los líderes de las comunidades cristianas, que se reúnen regularmente en esta ciudad. Me parece que el mayor servicio que pueden prestar los cristianos de Jerusalén a sus propios ciudadanos es criar y educar a una nueva generación de cristianos bien formados y comprometidos, que tengan un deseo ardiente de contribuir generosamente a la vida religiosa y civil de esta ciudad única y santa.

La prioridad fundamental de todo líder cristiano es alimentar la fe de las personas y de las familias encomendadas a su solicitud pastoral. Esta preocupación pastoral común hará que vuestros encuentros regulares estén marcados por la sabiduría y la caridad fraterna necesarias para sosteneros mutuamente y para afrontar tanto las alegrías como las dificultades particulares que marcan la vida de vuestro pueblo.

Pido a Dios que se comprenda que las aspiraciones de los cristianos de Jerusalén están en sintonía con las aspiraciones de todos sus habitantes, cualquiera que sea su religión: una vida de libertad religiosa y convivencia pacífica y —en particular para las generaciones jóvenes— libre acceso a la educación y al empleo, la perspectiva de una vivienda conveniente y de una residencia familiar, y la posibilidad de beneficiarse de una situación de estabilidad económica y de contribuir a ella.

Beatitud, le agradezco una vez más su amabilidad al haberme invitado aquí, juntamente con los demás huéspedes. Sobre cada uno de vosotros y sobre las comunidades que representáis invoco la abundancia de las bendiciones divinas de fortaleza y sabiduría. Que a todos os conforte la esperanza de Cristo, que no defrauda.

VISITA AL SANTO SEPULCRO

PALABRAS DEL SANTO PADRE BENEDETTO XVI

Jerusalén
Viernes 15 de mayo de 2009

Queridos amigos en Cristo:

El himno de alabanza que acabamos de cantar nos une a los ejércitos de los ángeles y a la Iglesia de todo tiempo y lugar —«el glorioso coro de los apóstoles, la multitud admirable de los profetas y el blanco ejército de los mártires»— mientras damos gloria a Dios por la obra de nuestra redención, realizada en la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Ante este Santo Sepulcro, donde el Señor «venció el aguijón de la muerte, abriendo a los creyentes el reino de los cielos», os saludo a todos en el gozo del tiempo pascual. Agradezco al patriarca Fouad Twal y al custodio, padre Pierbattista Pizzaballa, sus amables palabras de bienvenida. Asimismo, deseo expresar mi aprecio por la acogida que me han dispensado los jerarcas de la Iglesia ortodoxa griega y de la Iglesia armenia apostólica. Agradezco la presencia de representantes de las otras comunidades cristianas de Tierra Santa. Saludo al cardenal John Foley, gran maestro de la Orden ecuestre del Santo Sepulcro de Jerusalén y también a los caballeros y las damas de la Orden aquí presentes, agradeciendo su constante compromiso de

sostener la misión de la Iglesia en estas tierras santificadas por la presencia terrena del Señor.

El evangelio de san Juan nos ha presentado una sugerente narración de la visita de Pedro y del discípulo amado a la tumba vacía la mañana de Pascua. Hoy, a distancia de casi veinte siglos, el Sucesor de Pedro, el Obispo de Roma, se encuentra frente a la misma tumba vacía y contempla el misterio de la Resurrección. Siguiendo las huellas del Apóstol, deseo proclamar una vez más, ante los hombres y mujeres de nuestro tiempo, la firme fe de la Iglesia en que Jesucristo «fue crucificado, murió y fue sepultado», y en que «al tercer día resucitó de entre los muertos». Exaltado a la derecha del Padre, nos envió su Espíritu para el perdón de los pecados. Fuera de él, a quien Dios constituyó Señor y Cristo, «no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos» (Hch 4, 12).

Al encontrarnos en este santo lugar y considerando ese asombroso acontecimiento, no podemos menos de sentirnos con el «corazón conmovido» (Hch 2, 37) como los primeros que escucharon la predicación de Pedro en el día de Pentecostés. Aquí Cristo murió y resucitó, para no morir nunca más. Aquí la historia de la humanidad cambió definitivamente. El largo dominio del pecado y de la muerte fue destruido por el triunfo de la obediencia y de la vida; el madero de la cruz revela la verdad sobre el bien y el mal; el juicio de Dios sobre este mundo se pronunció y la gracia del Espíritu Santo se derramó sobre toda la humanidad. Aquí Cristo, el nuevo Adán, nos enseñó que el mal nunca tiene la última palabra, que el amor es más fuerte que la muerte, que nuestro futuro, y el futuro de la humanidad, está en las manos de un Dios providente y fiel.

La tumba vacía nos habla de esperanza, una esperanza que no defrauda porque es don del Espíritu que da vida (cf. Rm 5, 5). Este es el mensaje que hoy deseo dejaros, al concluir mi peregrinación a Tierra Santa. Que la esperanza resurja nuevamente, por la gracia de Dios, en el corazón de cada persona que vive en estas tierras. Que arraigue en vuestro corazón, permanezca en vuestras familias y comunidades, e inspire a cada uno de vosotros un testimonio cada vez más fiel del Príncipe de la paz.

La Iglesia en Tierra Santa, que con tanta frecuencia ha experimentado el oscuro misterio del Gólgota, nunca debe dejar de ser un heraldo intrépido del luminoso mensaje de esperanza que proclama esta tumba vacía. El Evangelio nos ase-

gura que Dios puede hacer nuevas todas las cosas, que la historia no se repite necesariamente, que se puede purificar la memoria, que se pueden superar los frutos amargos de la recriminación y la hostilidad, y que un futuro de justicia, paz, prosperidad y colaboración puede surgir para cada hombre y mujer, para toda la familia humana, y de manera especial para el pueblo que vive en esta tierra, tan amada por el corazón del Salvador.

Este antiguo Memorial de la Anástasis es un testigo mudo tanto del peso de nuestro pasado, con sus fallos, incomprensiones y conflictos, como de la promesa gloriosa que sigue irradiando desde la tumba vacía de Cristo. Este lugar santo, donde el poder de Dios se reveló en la debilidad, y los sufrimientos humanos fueron transfigurados por la gloria divina, nos invita a mirar una vez más con los ojos de la fe el rostro del Señor crucificado y resucitado. Al contemplar su carne glorificada, completamente transfigurada por el Espíritu, llegamos a comprender más plenamente que también ahora, mediante el Bautismo, llevamos «siempre en nuestro cuerpo por todas partes la muerte de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2 Co 4, 10-11).

También ahora la gracia de la Resurrección está actuando en nosotros. Que la contemplación de este misterio estimule nuestros esfuerzos, como individuos y como miembros de la comunidad eclesial, por crecer en la vida del Espíritu mediante la conversión, la penitencia y la oración. Que nos ayude a superar, con la fuerza de ese mismo Espíritu, todo conflicto y tensión nacidos de la carne, y a remover todo obstáculo, por dentro y por fuera, que impida nuestro testimonio común de Cristo y la fuerza reconciliadora de su amor.

Con estas palabras de aliento, queridos amigos, concluyo mi peregrinación a los santos lugares de nuestra redención y renacimiento en Cristo. Rezo para que la Iglesia en Tierra Santa obtenga siempre nueva fuerza de la contemplación de la tumba vacía del Redentor. En esta tumba está llamada a sepultar todas sus ansiedades y temores, para resurgir nuevamente cada día y proseguir su viaje por los caminos de Jerusalén, de Galilea y más allá, proclamando el triunfo del perdón de Cristo y la promesa de vida nueva. Como cristianos, sabemos que la paz que anhela esta tierra lacerada por los conflictos tiene un nombre: Jesucristo. «Él es nuestra paz», que nos ha reconciliado con Dios en un solo cuerpo mediante la cruz, poniendo fin a la enemistad (cf. Ef 2, 14). Así pues, pongamos en sus manos toda nuestra esperanza en el futuro, como él en la hora de las tinieblas puso su espíritu en las manos del Padre.

Permitidme concluir con unas palabras de aliento fraterno en particular a mis hermanos obispos y sacerdotes, así como a los religiosos y a las religiosas que están al servicio de la amada Iglesia en Tierra Santa. Aquí, ante la tumba vacía, en el corazón mismo de la Iglesia, os invito a renovar el entusiasmo de vuestra consagración a Cristo y vuestro compromiso en el amoroso servicio a su Cuerpo místico. Tenéis el inmenso privilegio de dar testimonio de Cristo en esta tierra, que él ha santificado con su presencia terrena y su ministerio. Con caridad pastoral ayudáis a vuestros hermanos y hermanas, y a todos los habitantes de esta tierra, a sentir la presencia del Resucitado que sana y su amor que reconcilia.

Jesús nos pide a cada uno que seamos testigos de unidad y paz para todos aquellos que viven en esta ciudad de la paz. Como nuevo Adán, Cristo es la fuente de la unidad a la que está llamada toda la familia humana, la unidad de la que la Iglesia es signo y sacramento. Como Cordero de Dios, él es la fuente de la reconciliación, que es al mismo tiempo don de Dios y deber sagrado que se nos ha confiado. Como Príncipe de la paz, él es el manantial de esa paz que supera todo entendimiento, la paz de la nueva Jerusalén. Que él os sostenga en vuestras pruebas, os consuele en vuestras aflicciones y os confirme en vuestros esfuerzos por anunciar y extender su reino.

A todos vosotros y a las personas a cuyo servicio estáis, imparto cordialmente mi bendición apostólica, como prenda del gozo y de la paz de la Pascua.

CEREMONIA DE DESPEDIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Aeropuerto Internacional Ben Gurión de Tel Aviv
Viernes 15 de mayo de 2009

Señor presidente;
señor primer ministro;
excelencias;
señoras y señores:

Al disponerme a regresar a Roma, quiero compartir con vosotros algunas de las fuertes impresiones que me ha dejado mi peregrinación a Tierra Santa. He mantenido fecundas conversaciones con las autoridades civiles tanto en Israel como en los Territorios palestinos, y he sido testigo de los grandes esfuerzos que ambos gobiernos están haciendo para asegurar el bienestar de las personas. He mantenido encuentros con los líderes de la Iglesia católica en Tierra Santa, y me alegra ver la manera en que están colaborando en su solicitud por el rebaño del Señor. Además, he tenido la oportunidad de encontrarme con los líderes de varias Iglesias cristianas y comunidades eclesiales, así como con los líderes de otras religiones en Tierra Santa. Esta tierra es realmente un terreno fértil para el ecumenismo y el diálogo interreligioso, y rezo para que la gran

variedad de testigos religiosos en la región traiga como fruto un creciente entendimiento y respeto mutuo.

Señor presidente, usted y yo plantamos un olivo en su residencia el día que llegué a Israel. El olivo, como usted sabe, es una imagen que utiliza san Pablo para describir las relaciones muy estrechas entre los cristianos y los judíos. En su carta a los Romanos, san Pablo describe cómo la Iglesia de los gentiles es como un brote de olivo silvestre, injertado en el olivo cultivado, que es el pueblo de la Alianza (cf. Rm 11, 17-24). Nos alimentan las mismas raíces espirituales. Nos encontramos como hermanos, hermanos que en algunos momentos de nuestra historia han tenido relaciones tensas, pero que ahora están firmemente comprometidos en la construcción de puentes de amistad duradera.

A la ceremonia en el palacio presidencial le siguió uno de los momentos más solemnes de mi estancia en Israel: mi visita al Memorial de Yad Vashem, para rendir homenaje a las víctimas del Holocausto. Allí también me encontré con algunos de los supervivientes. Esos encuentros, profundamente conmovedores, me recordaron mi visita de hace tres años al campo de exterminio de Auschwitz, donde muchos judíos —madres y padres, esposos y esposas, hijos e hijas, hermanos y hermanas, amigos— fueron brutalmente exterminados bajo un régimen sin Dios que propagaba una ideología de antisemitismo y odio. Nunca se debe olvidar o negar ese espantoso capítulo de la historia. Por el contrario, aquellos oscuros recuerdos deberían reforzar nuestra determinación de acercarnos aún más los unos a los otros, como ramas del mismo olivo, alimentados por las mismas raíces y unidos por el amor fraterno.

Señor presidente, le doy las gracias por su cordial hospitalidad, que aprecio mucho, y deseo que quede constancia de que vine a visitar este país como amigo de los israelíes, así como soy amigo del pueblo palestino. A los amigos les gusta pasar tiempo en compañía recíproca y se afligen profundamente al ver que el otro sufre. Ningún amigo de los israelíes y de los palestinos puede dejar de entristecerse por la tensión continua entre vuestros dos pueblos. Ningún amigo puede dejar de llorar por el sufrimiento y la pérdida de vidas humanas que ambos pueblos han sufrido en las últimas seis décadas.

Permítame hacer este llamamiento a todas las personas de estas tierras: ¡Nunca más derramamiento de sangre! ¡Nunca más enfrentamientos! ¡Nunca más terrorismo! ¡Nunca más guerra! Por el contrario, rompamos el círculo vicioso de la

violencia. Que se establezca una paz duradera basada en la justicia; que haya una verdadera reconciliación y curación. Que se reconozca universalmente que el Estado de Israel tiene derecho a existir y a gozar de paz y seguridad en el interior de sus fronteras internacionalmente admitidas. Que se reconozca también que el pueblo palestino tiene derecho a una patria independiente y soberana, a vivir con dignidad y viajar libremente. Que la solución de dos Estados se convierta en realidad y no se quede en un sueño. Y que la paz se difunda desde estas tierras; que sean «luz para las naciones» (Is 42, 6), llevando esperanza a muchas otras regiones afectadas por conflictos.

Una de las imágenes más tristes que he visto durante mi visita a estas tierras ha sido el muro. Al pasar a su lado, recé por un futuro en el que los pueblos de Tierra Santa puedan convivir en paz y armonía, sin necesidad de esos instrumentos de seguridad y de separación, sino más bien respetándose y confiando mutuamente, y renunciando a toda forma de violencia y agresión.

Señor presidente, sé lo difícil que será alcanzar ese objetivo. Sé lo difícil que es su tarea, y la de la Autoridad palestina. Pero le aseguro que mis oraciones y las oraciones de los católicos de todo el mundo le acompañan siempre, mientras continúa sus esfuerzos por edificar una paz justa y duradera en esta región.

Sólo me queda dar gracias de todo corazón a todos los que han colaborado de tantas maneras en mi visita. Me siento profundamente agradecido al Gobierno, a los organizadores, a los voluntarios, a los medios de comunicación y a todos los que me han brindado hospitalidad a mí y a los que me han acompañado. Podéis estar seguros de que os recordaré con afecto en mis oraciones. A todos os digo: ¡Gracias y que Dios esté con vosotros! ¡Shalom!